

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tesisenxarxa.net) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tesisenred.net) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tesisenxarxa.net) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author

Universitat Politècnica de Catalunya
Departament d'Urbanisme i Ordenació del Territori



Tesis doctoral

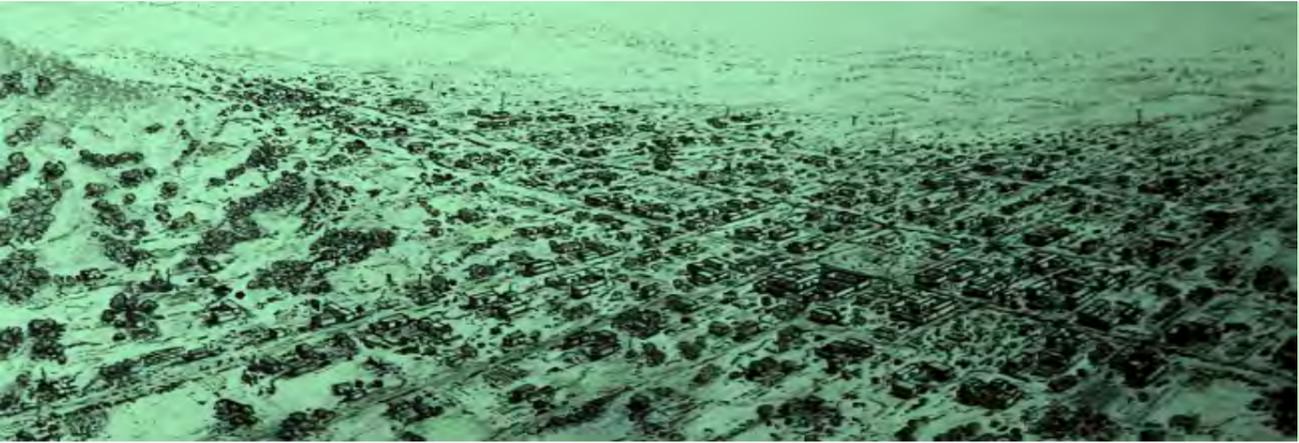
Oaxaca, de "ciudad intermedia" a metrópoli de Los Valles Centrales

Emergencia de una ciudad-territorio en el sur de México

Gustavo Madrid Vazquez
doctorando

Antonio Font Arellano
director

2011



2

De la fundación a la explosión. Una historiografía de la ciudad



Imagen 2.1.1

Vista Area de Monte Albán
Al fondo la Ciudad de Oaxaca

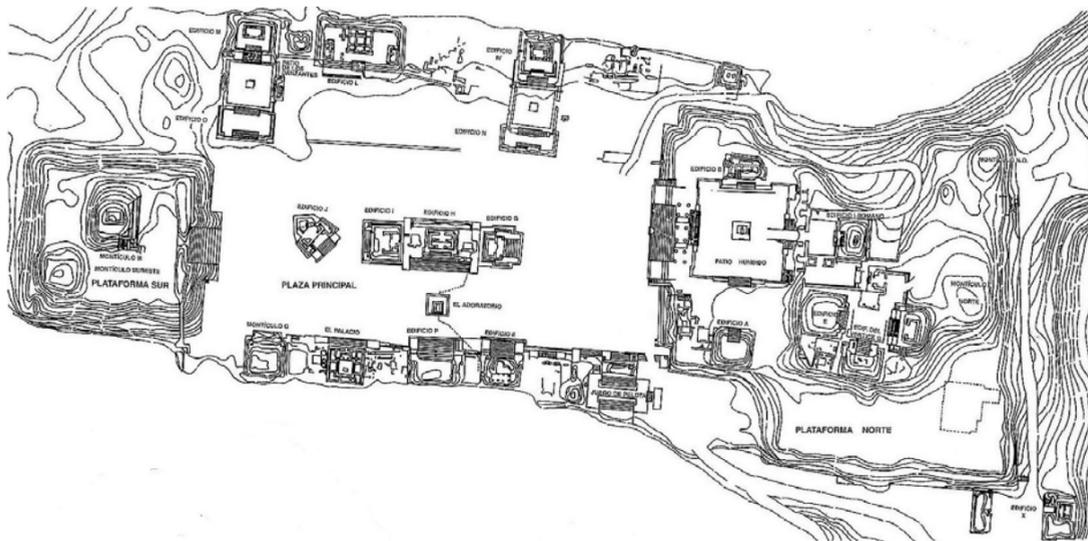


Imagen 2.1.2

Monte Albán
Planta del centro ceremonial

Capítulo 2 De la fundación a la explosión

Una historiografía de la ciudad

2.1 El antecedente indígena

El territorio es sin duda el más potente modelador de la estructura urbana en cualquier circunscripción. Existen muchos otros elementos que aportan a la forma y funcionamiento de la ciudad, pero ninguno con la contundencia con que lo hace el espacio base que recibe al asentamiento en cuestión. Si iniciamos el análisis histórico del entramado que pretendemos realizar en esta tesis con esta aclaración, es por el hecho de que para poder entender los orígenes de la ciudad de Oaxaca, hay que entender que el espacio que ocupa la ciudad que hoy conocemos, fue antes ocupado por otros tantos asentamientos. Incluso podemos suponer que en alguna época existieron centros urbanos casi tan importantes y amplios como los actuales.

Esta aseveración se basa en dos realidades que a su vez se encuentran suscritas en el territorio. La primera es el territorio en sí; resulta casi imposible imaginar que un espacio con las condiciones fisiográficas y climáticas como el que ocupa la ciudad de Oaxaca –los Valles Centrales– no haya atravesado un proceso de intensa urbanización antes de la llegada de los conquistadores europeos. Recordemos que cuando el proceso colonial inició y los primeros españoles arribaron al Valle de México, se enfrentaron a la que era en ese momento la ciudad más poblada del mundo: Tenochtitlan. Según distintos cálculos –y las narrativas de los propios conquistadores– estaba habitada por una población entre 200 mil y 300 mil personas, bastante más que cualquier ciudad europea de la época.

El soporte territorial de los Valles Centrales, según algunos cálculos comparativos de la época, podría haber dado cabida a una población de hasta 350 mil habitantes (Chance, 1982), sin poner en riesgo la supervivencia de su ecosistema. Los grandes valles que componen el sistema apto para la agricultura, la cercanía de zonas boscosas y mineras, y el continuo abasto de agua proveniente de los dos grandes ríos que atraviesan toda la planicie, garantizaban la subsistencia de una población de este tamaño. A su vez, la estratégica ubicación del valle en la parte meridional de Mesoamérica, hacía de este espacio un lugar excelente para el establecimiento de asentamientos humanos.

La segunda realidad es la huella física que sobre el territorio ha quedado plasmada, resultado de las artes constructivas de los habitantes de la región. Son varios los restos arqueológicos que en el territorio de los Valles Centrales persisten hasta la actualidad, pero dos en particular llaman nuestra atención por su extensión: Mitla en la parte más extrema del Valle de Tlaxiaco, ciudad zapoteca y luego mixteca, del año 900 a. C.; y Monte Albán centro urbano zapoteca del año 1400 a. C. en la cresta del cerro del mismo nombre, a muy poca distancia de la ciudad de Oaxaca. Monte Albán y su conjunto urbano, compuesto por otros asentamientos ubicados en esta misma serranía –Atzompa, El Gallo, Pequeño Monte Albán y Mogollito– cubría una extensión estimada de 6,5 km² (Blanton, 1999), aunque resulta complejo medir con certeza los alcances de la mancha urbana.

Mucho de lo que hoy se conserva de esta antigua ciudad son vestigios de edificios públicos edificados en materiales más durables. La verdadera masa de la ciudad la componían espacios construidos a base de materiales perecederos, como la tierra, la madera y el carrizo. Es por eso que, al paso de los siglos, resulta prácticamente imposible determinar cuál era la población real de una estructura urbana pre colonial como Monte Albán. Aún así, tenemos constancia de que varios miles de personas habitaron esta ciudad ubicada en lo alto de una montaña. Sabemos también, gracias a rastros de la infraestructura de la ciudad dejados sobre el territorio, que la mancha urbana se extendía por debajo de la montaña, donde se ubicaban presas y acueductos que permitían el acopio y distribución del agua para la población que allí se establecía.

Si una zona de tan difícil acceso como lo es Monte Albán fue ocupada como estructura urbana compleja durante más de 15 siglos –hay una diferencia cercana a los 400 m de altura entre el valle y esta ciudad, recordemos que las culturas prehispánicas no usaban la rueda, ni tenían animales de tiro–, podemos suponer que otras partes del valle lo fueron también. Sabemos de Mitla, Dainzu y Labilyeco, ubicadas en el Valle de Tlaxiaco, o Cuilapan y Zaachila en el valle del mismo nombre. Pero resulta cuando menos curioso que no haya vestigios importantes de asentamientos urbanos en la zona donde se fundaría la ciudad de Oaxaca, a pesar de que cumple con condiciones más que favorables para su establecimiento. ¿O acaso los hay?

El porqué de este hecho lo explique tal vez la existencia misma de la ciudad actual, la construcción de una ciudad sobre los vestigios de otra fue una práctica muy común del proceso colonial (Hardoy, 1999). Mucho tiempo se ha supuesto que esto obedecía a una deliberada intención de borrar todo rastro del pasado pre cristiano en los territorios recién ganados, pero esto es quizás sólo una explicación parcial. La elección de estos lugares obedece también a una intención de aprovechar las ventajas que un lugar largamente poblado y probado ofrece: Infraestructuras, recursos naturales, e incluso edificaciones preexistentes pueden ser aprovechadas para el establecimiento de una nueva ciudad sobre los restos de la vieja.

Nota: La ciudad de Monte Albán es el complejo urbano más grande del que tenemos registro en la región. Esta ciudad se desarrolló en lo alto del cerro del mismo nombre, desde donde podía ejercer un perfecto control de lo que sucedía en una buena parte de la región de los Valles Centrales. La elección de este lugar seguramente obedece a tres conceptos fundamentales: defensa, control, y religión. La ventaja derivada de la ubicación que permite el control del territorio y una posición más fácil de defender se une a la relación con los astros que las religiones mesoamericanas solían manifestar.

La zona arqueológica de Monte Albán está realmente conformada por otras dos unidades ceremoniales que integraban un conjunto más amplio: Monte Albán, El Gallo y Atzompa. Estas arman un conjunto urbano que destinó la parte más alta de las montañas para centros ceremoniales y administrativos, dejando las partes bajas de las montañas y los valles para la urbanización civil.

Poco sabemos de la distribución espacial de la ciudad común, es decir, aquella no destinada a las actividades religiosas y administrativas. La mayoría de las viviendas de los habitantes de la ciudad estaban construidas con materiales perecederos que, tras 300 años de colonia y 200 de olvido, han desaparecido del territorio. Sin embargo, a partir de la proporción de las edificaciones públicas y algunas excavaciones, se calcula que la ciudad pudo haber abarcado unos 6.5 km², aunque seguramente antes como ahora, serían las viviendas las que aportarían el grueso de la mancha urbana.



Imagen 2.1.3

Reconstrucción de Oaxaca precolonial
Tomado de La Antigua Cuilapan Oaxaca

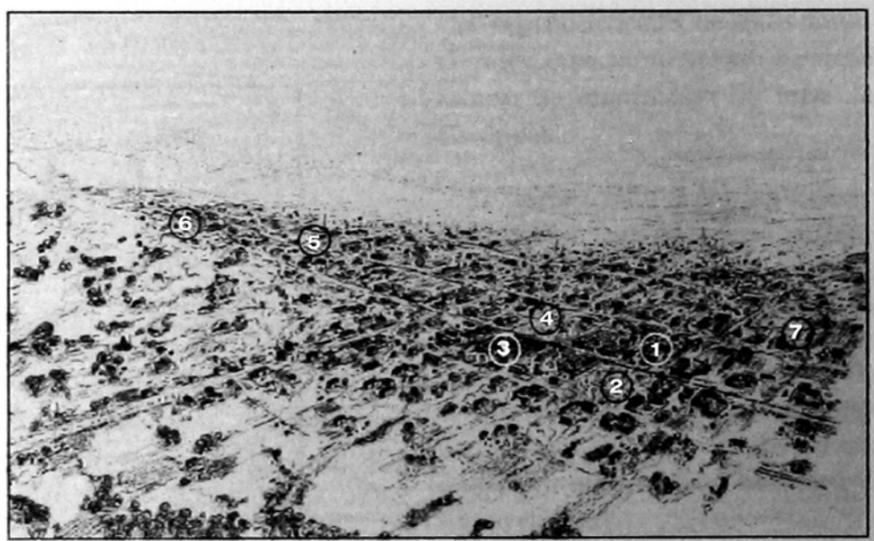


Imagen 2.1.4

Plano llave

Nota: Recreación artística de la antigua ciudad de Oaxaca-Cuilapan. A la izquierda del dibujo aparece el Ehecatl-tepetl, o cerro conocido como Ecatepec –hoy cerro del Fortín--. En la zona de la derecha, abajo, se extiende Huaxayacac (Oaxaca), y a su izquierda, arriba, Coyoapan

1: Casa del tlacochtecuhtli (gobernante militar) de Oaxaca, con el tzompantli y el Teocalli (casa de Dios) anexos, frente al 2: Tianguis, 3: Casa del Tecuhtli (gobernante civil) de Oaxaca cuya posición determinó la dirección de las calles de Oaxaca: aquí se realizaban las reuniones comunitarias y estaba la cárcel. 4: Posiblemente había una "plaza" o espacio abierto frente a la casa del Tecuhtli que habría dado lugar al actual Zócalo. 5: El apantli (acueducto) de Cuilapan cruzaba esta población y sus huertas para llegar a Oaxaca: 6: Teocalli de Cuilapan. 7: En el extremo derecho del dibujo se ve una ciénega, cercana a una zona de huertas.

Construyendo sobre pre-existencias

En el caso específico de la ciudad de Oaxaca, existe una teoría retratada en el libro *La Antigua Cuilapan-Oaxaca* (González, Jiménez, Galarza, 1996) que aporta una interesante aunque muy debatible teoría debido a las interpretaciones hechas de sus fuentes, pero que puede enriquecer el debate que aquí se plantea. El libro reconstruye el estado del territorio que hoy ocupa la ciudad a partir de las declaraciones llevadas a cabo por una serie de personajes descendientes de los primeros indígenas que tuvieron contacto con europeos. Estos testimonios fueron recolectados para la realización de un juicio que entabló un mestizo, Martín Cortés, heredero de Hernán Cortés contra la Corona Española, a fin de intentar recuperar las posesiones que su padre había tenido en la zona de la entonces ciudad de Antequera, el antecedente más directo de la posterior ciudad de Oaxaca colonial, de la que se desprende la actual mancha urbana.

A partir de estas descripciones, se realiza una reconstrucción del estado que ese territorio guardaba hasta antes del inicio de la Conquista. Quedará claro por estos testimonios, que existía cuando menos un asentamiento de mediana escala en la misma locación en que hoy se encuentra el centro de la ciudad, antiguo heredero del trazado pre colonial que una vez existió. La teoría de los autores de este documento va más allá, sugieren que de hecho, la ciudad de Oaxaca era la composición de dos ciudades de etnia diversa –zapoteca y mixteca– que compartían un mismo espacio físico.

Las dos etnias principales, todavía hoy en la región, son mixtecos y zapotecos, ambos descendientes de la cultura olmeca, considerada por muchos la proto-civilización mesoamericana. Para los tiempos previos a la colonización, ambos grupos ocupaban los valles y contaban con sus respectivos núcleos urbanos y capitales regionales. Estas dos etnias tenían un largo historial de guerras entre ellos, sin embargo, hacia los primeros tiempos de la Conquista atravesaban un periodo de paz resultado de una serie de convenios matrimoniales. La idea de que en lo que hoy es la ciudad de Oaxaca existiera una ciudad compartida no suena descabellada –Blaton (1978) asigna idéntico papel a Monte Albán–, si pensamos en este lugar como un centro administrativo compartido que permitía el establecimiento de la paz entre las dos naciones.

Debido a que lo que pudo ser esta ciudad se encuentra debajo de lo que actualmente es la ciudad de Oaxaca, han sido pocas las excavaciones arqueológicas que sustenten esta teoría. Sin embargo, algunas prospecciones realizadas cerca de la zona de la Catedral y el mercado "20 de Noviembre" (Chance, 1982) –ambos en la zona más central del casco histórico–, han arrojado vestigios de palacios precoloniales que refuerzan en cierta medida las conclusiones de Rodolfo González, Víctor Jiménez y Joaquín Galarza, autores del libro, aunque la reconstrucción de hechos y lugares, así como la interpretación espacial que de esto deriva es muy difícil de sostener.

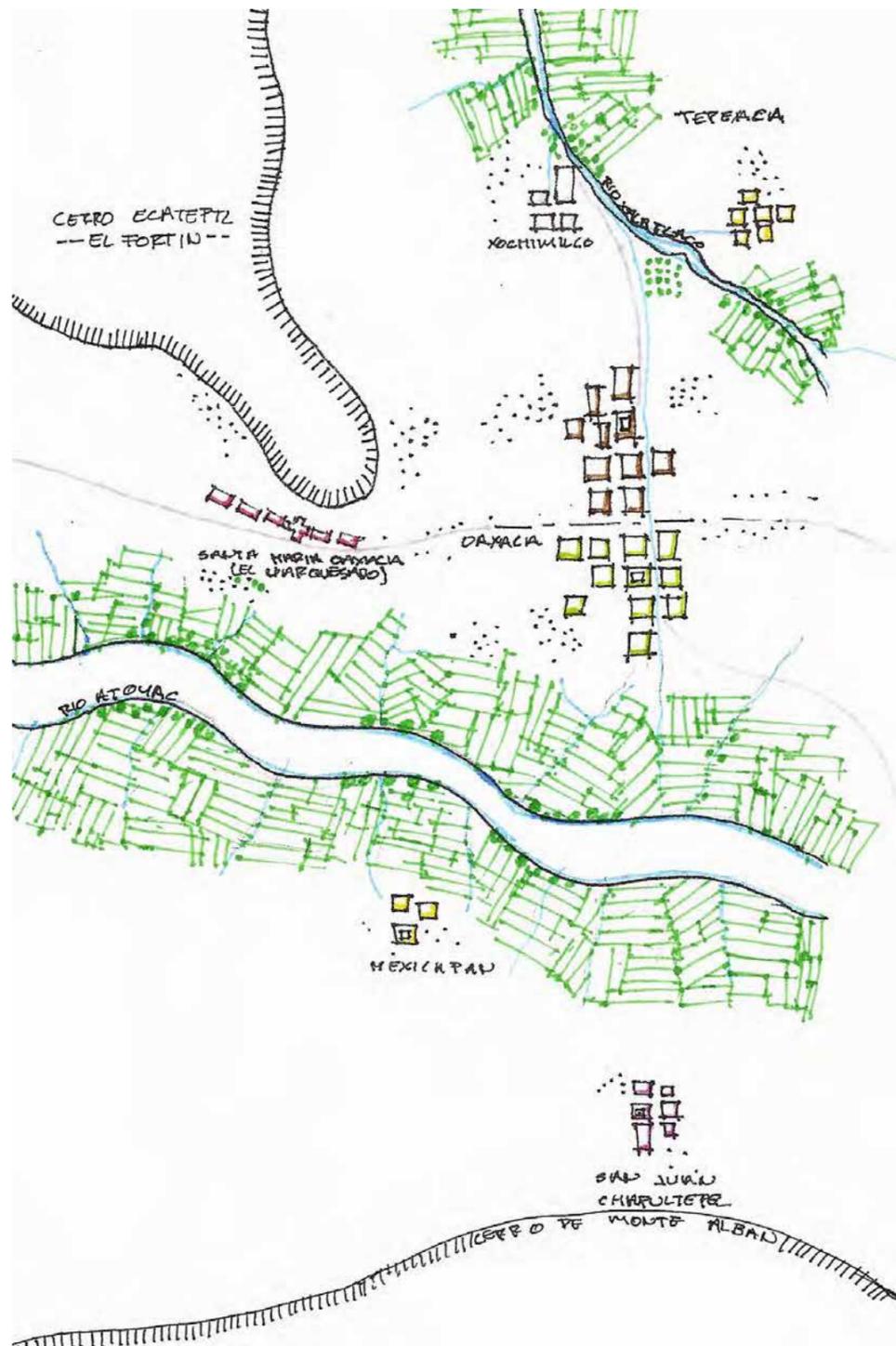


Imagen 2.1.5

Reconstrucción del espacio urbano de la ciudad
Primeros tiempos de la colonia

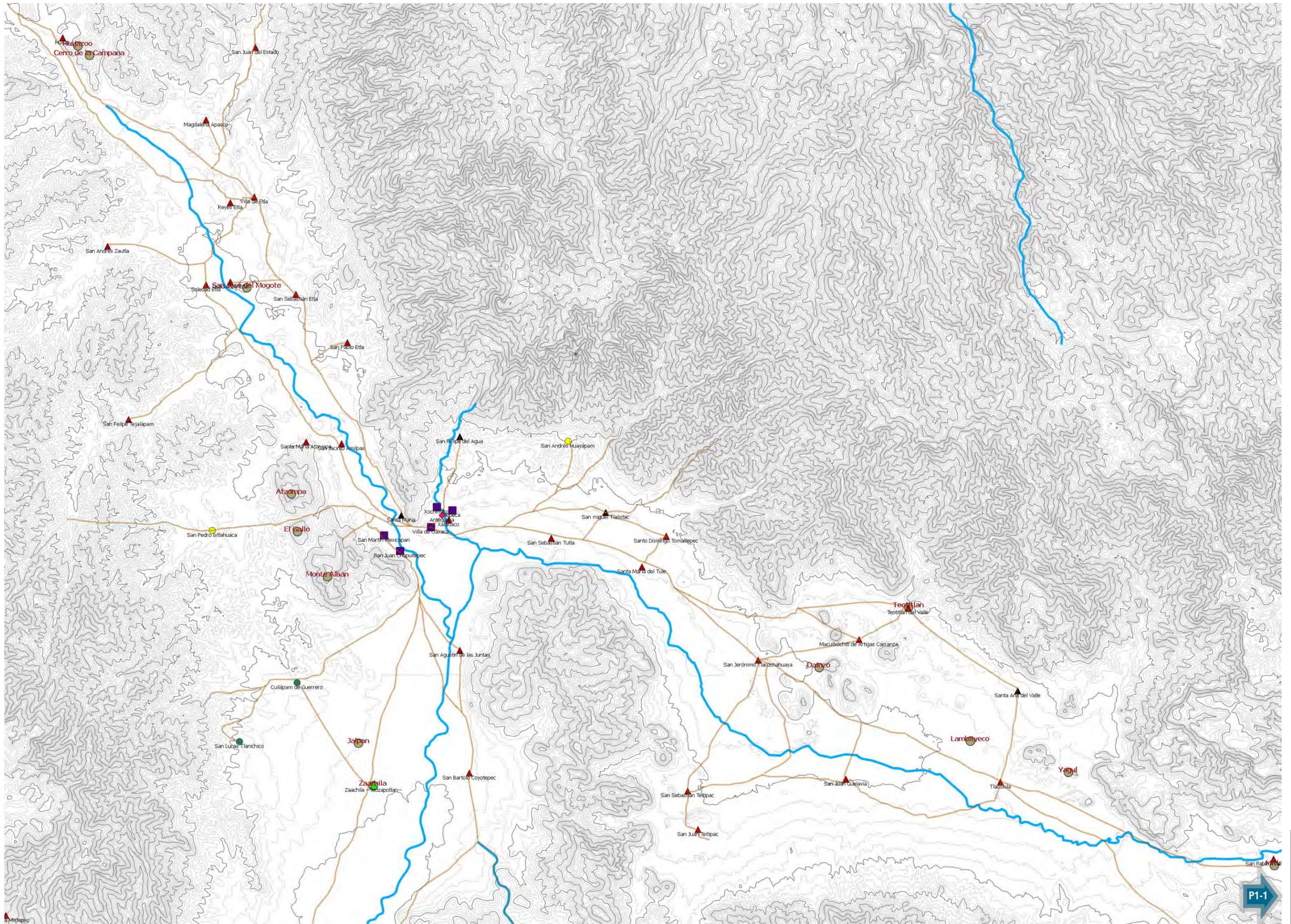
Desde una perspectiva meramente urbanística, la existencia de un asentamiento de importancia en ese preciso lugar pareciera incluso una cuestión obligada, una vez superadas las diferencias entre pueblos que conducían a la guerra y a la elección de centros fortificados para establecerse. La existencia de un terreno casi plano, alejado de las zonas inundables de los ríos, el encuentro de tres valles fértiles, una ruta importante de comercio y reservas de materias primas provenientes de las zonas montañosas cercanas, son factores lo suficientemente potentes para detonar una urbanización.

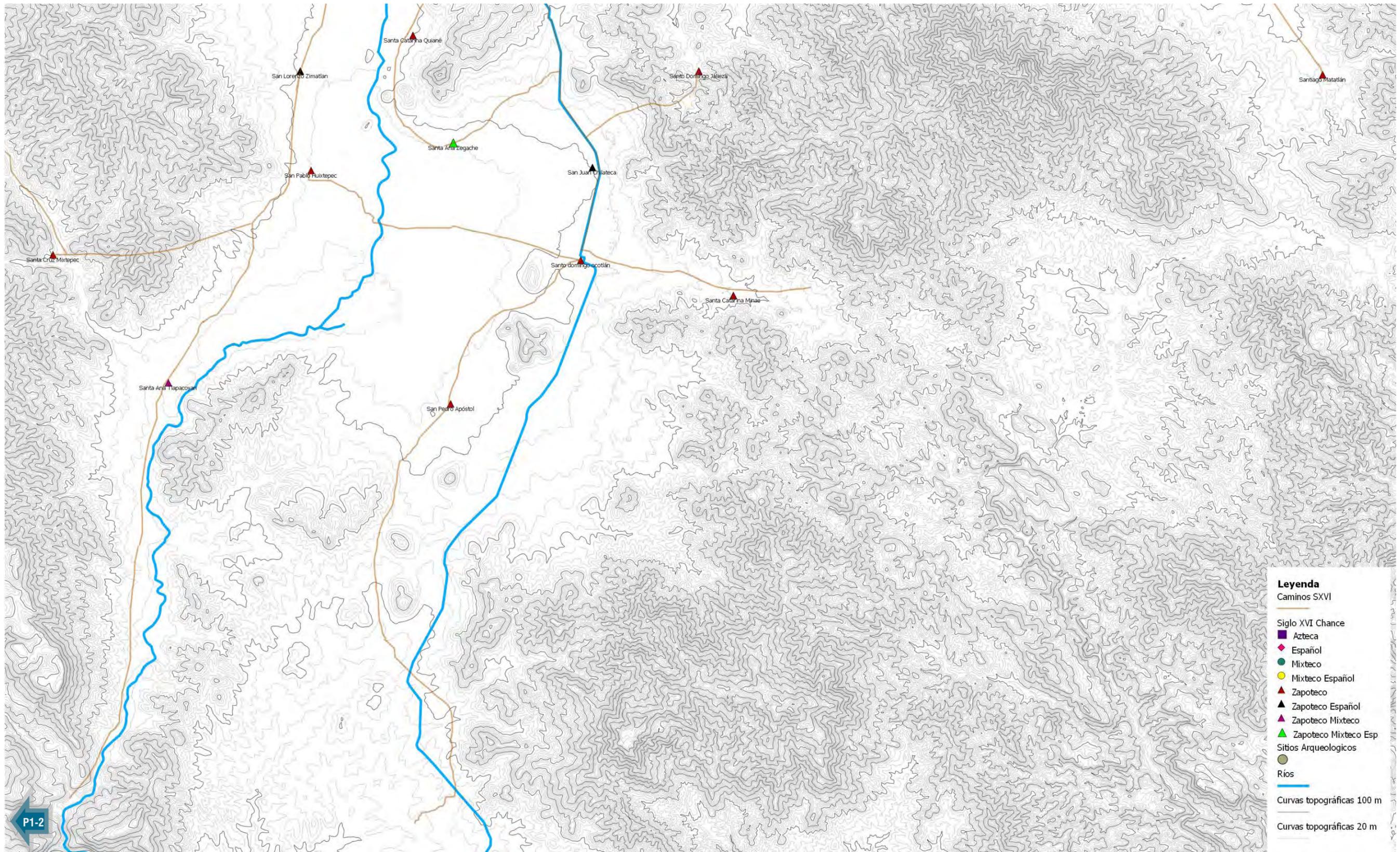
Con las evidencias actuales no podemos dar por sentada esta versión, pero a nadie debiera sorprender si en un futuro descubrimos que bajo la ciudad de Oaxaca existen los restos de una o más ciudades precoloniales. En otros lugares así ha sucedido, Monte Albán mismo tuvo, a lo largo de 1500 años de funcionamiento, hasta 12 fases de construcción reconocidas que nos hablan de la dinámica urbana y constructiva de estos pueblos. En Ciudad de México, la introducción del metro en los años setenta ayudó a revelar el tamaño de la gran capital azteca.

Si algo puede caracterizar al urbanismo prehispánico, es su estrecha relación con el cosmos y su orden, su fuerte tendencia a lo ortogonal y una inclinación al establecimiento de amplios espacios públicos abiertos que se contravenía con las tradiciones europeas de la época. Dichas características perduraron en la ciudad colonial disfrazadas entre las nuevas calles y templos religiosos dedicados a otras deidades. Esta fusión es lo que hace a las ciudades coloniales americanas –hablamos de aquellas donde había fuerte población indígena– diferentes a todo aquello que había existido antes. Buscar el origen del trazado ortogonal de las urbes novohispanas en el Cardús romano, sería una actitud simplista. Las ciudades de este orden respetaron un sentido lógico del espacio adaptado a un territorio que permitía el ordenamiento geomagnético de las urbes. Una forma inteligente y simple de ordenamiento, llevada a la práctica con gran vigor durante cientos de años antes de la llegada de los conquistadores y durante el periodo colonial.

Cuando los españoles llegaron al Valle de Oaxaca, encontraron que este ya era controlado por un imperio que ellos vinieron a sustituir. Los mexicas habían penetrado en el valle aproximadamente ochenta años antes que los españoles y habían ubicado su centro administrativo en la parte central del valle. Existen narraciones recopiladas en códices precolombinos que narran las guerras entre zapotecos y mexicas, y cómo estos últimos en reprimenda por un alzamiento en Mitla, decidieron arrasarse "hasta el suelo" las pirámides y edificios públicos de una ciudad que se ubicaba en el sitio que después ocuparía su guarnición, lo que en cierto modo da origen al inicio de la historia trazable de la urbe. A partir de ese punto es que hay un re-inicio de la historia de la ciudad, aunque como hemos querido explicar en la primera parte de este capítulo, creemos que no comenzó allí.

Nota: En la primera etapa de la ocupación española de los Valles Centrales, convivieron en un espacio que se delimitaba en el encuentro de los ríos Atoyac, Seco y Jalatlaco, y en las cercanías del actual Cerro del Fortín cuatro culturas diferentes: zapotecos y mixtecos, los habitantes originales del lugar; mexicas, que habían penetrado en el valle a mediados del siglo XV; y españoles, que iniciaron el control de la región en la tercera década del siglo XVI. La forma en que se distribuyeron estos cuatro grupos en el territorio es un hecho difícil de comprobar. Sin embargo, suponemos que de esos asentamientos surgirían los trazos a partir de los cuales emergería la configuración de la actual ciudad de Oaxaca. La reconstrucción que aquí presentamos es resultado del análisis de diversos documentos históricos y los pocos trabajos que sobre el tema se han desarrollado. Partiendo de una perspectiva urbanística, determinamos la posible existencia de una ciudad multicultural en el lugar donde posteriormente se fundaría la ciudad. Esta ciudad multiétnica compuesta por varios grupos de entre los cuales los más numerosos serían zapotecos, mixtecos y mexicas, prevalecería controlada por estos últimos, hasta la llegada de los conquistadores españoles. Estos, cuando iniciaron la definitiva ocupación del valle, debieron de aprovechar trazos e infraestructuras –como el acueducto que bajaba de San Felipe del Agua– con que ya contaba la ciudad para dar sentido a la nueva urbe.





Plano P1

Nota: Cuando los españoles ocuparon la región de los Valles Centrales, descubrieron que este contaba ya con un sistema urbano propio que aprovechaba las capacidades productivas del territorio para desarrollar una intensa actividad agrícola. Igualmente, este territorio representaba el paso para comerciar con los pueblos asentados en la parte más sur de lo que hoy es México y Centroamérica, la mayoría de ellos de origen maya. Tenemos registro de que, en cierta medida, el mayor centro ceremonial, Monte Albán, estaba aún en funcionamiento, aunque lejos había quedado el esplendor que había gozado durante el periodo clásico (200 d.C a 900 d.C.) y la primera etapa del posclásico (900 d.C. a 1519). Existía sobre el valle una serie de asentamientos, sobre todo de origen zapoteca, aunque los había mixtecos, españoles y mixtos, que conformaban un conjunto urbano que, se sospecha, pudo alojar hasta 300 mil personas antes de la llegada de los europeos. Este mapa está basado en uno realizado por John K. Chance, en su libro Razas y Clases de la Oaxaca Colonial, Instituto Nacional Indigenista, México, 1982. Chance hace una descripción de la distribución espacial de la población sobre el valle en los primeros tiempos de la Colonia. A fin de ampliar la información que él aporta, hemos incluido los asentamientos de origen azteca que se establecieron hacia mediados del siglo XV ubicados en la parte central del valle, así como algunos de origen español que él omite. Para facilitar la comprensión del espacio, colocamos también la distribución de los principales sitios arqueológicos en la zona.

Sistema urbano primera etapa de la colonia
Se destaca la división étnica

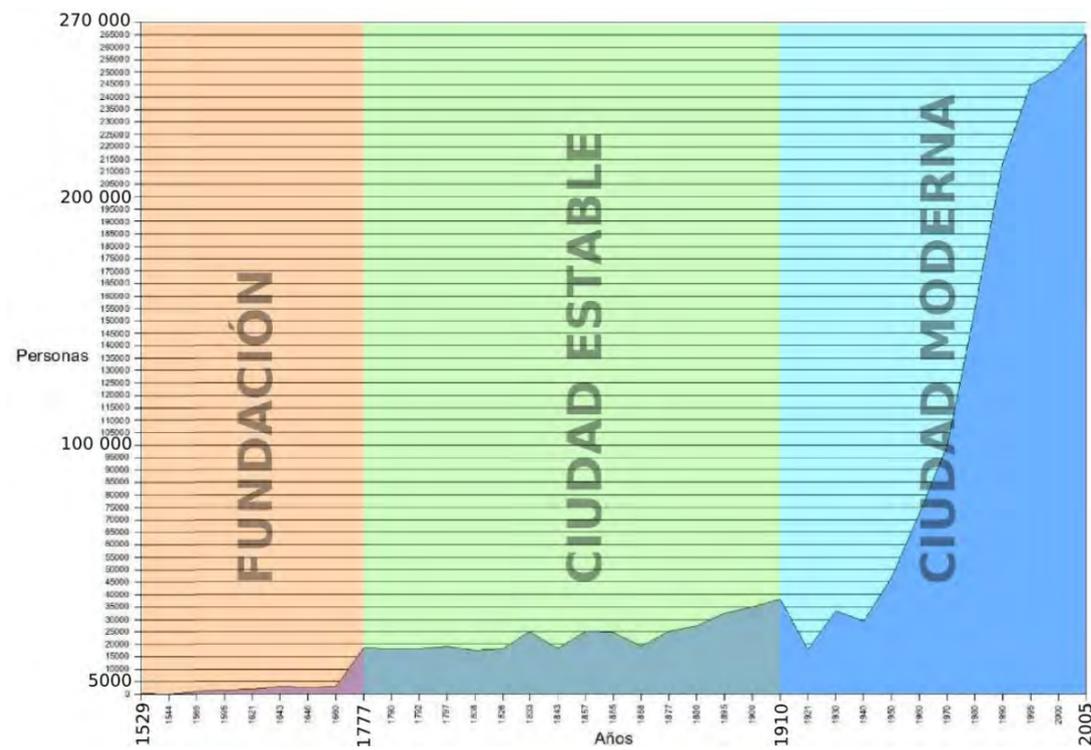


Imagen 2.2.3

Variación demográfica del Municipio de Oaxca de Juárez 1529-2005



Imagen 2.2.4

Ciudad de México 1869 Casimiro Castro

Refundar

Pese a la oposición de Cortés, y aprovechando que este se encontraba de viaje por Centroamérica, para el año de 1529, Antequera estaba en proceso de formación, y sería un personaje de nombre Juan Peláez de Berrio, comisionado como alcalde mayor por la Real Audiencia de México, el encargado iniciar el trazado de la ciudad. En el documento que le entregaron le conferían la siguiente instrucción: "Con mucho orden y concierto, las calles señalando primeramente solares para las iglesias, hospitales y casa del cabildo y la vuestra y la de todos otros vecinos que lleváis en una copia."³

Así se dio paso a un hecho curioso en el lugar y es que durante sus inicios, en la ciudad existió una especie de administración paralela del territorio; por un lado existía lo que se llegó a conocer como Santa María Oaxaca o El Marquesado de Oaxaca, que Cortés fundó y controlaba junto a su población indígena, y por otro Antequera del Rey, donde habitaba la población española. Esta dualidad pronto derivó en problemas que marcarían los inicios de la ciudad. Para esta época, Antequera contaba con tan sólo 320 habitantes⁴ por lo que podemos imaginar que se trataba de apenas un pequeño asentamiento, el más alejado al sur de la capital colonial, la actual Ciudad de México, fundada sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlan.

El comisionado de ejecutar físicamente el trazo de la ciudad fue Alonso García Bravo alrededor del año de 1929,⁵ quien había sido también el encargado de realizar el trazado de otras dos ciudades de importancia en la época: Veracruz en la costa atlántica y la Ciudad de México en el centro del país. Desde entonces y hasta el siglo XX,⁶ la ciudad mantendría el trazado reticular propio de la mayoría de las urbes coloniales españolas, que le imprimirá a la ciudad de Oaxaca su perfil tradicional. La plaza central de gran tamaño articularía el total del emplazamiento reafirmando su importancia con el establecimiento del poder religioso y político en sus límites, de acuerdo tanto con la tradición prehispánica, como con las ordenanzas emitidas desde Europa para la creación de asentamientos en el nuevo continente.

Muchos autores reducen la organización de las ciudades de la Nueva España a las normas que para el control de las colonias se emitían desde Europa. Sin embargo, es muy poco probable que estas ejercieran un papel importante en la morfología de las mismas. Estas normas no eran más que un compendio de buenas voluntades que muchas veces resultaba imposible cumplir. Manuel Lucena en su libro *A los cuatro vientos: las ciudades de la América hispánica* (2006), describe este conflicto de la siguiente forma al hablar sobre las "Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de 1573": "Algunos tratadistas han calificado las Ordenanzas de 1573 como anacrónicas, utópicas e inaplicables, una mera proyección burocrática ajena a una realidad que, o ya existía como tal, o estaba destinada al caos desde el origen de los tiempos". (Lucena, 2006, pág.)

Lucena no se equivocaba, la excesiva burocracia de la Corona Española era incapaz de controlar un territorio tan vasto como la Nueva España, donde emergían asentamientos por doquier. Por ello, en los primeros tiempos de la Colonia fueron los líderes conquistadores los que rigieron cada aspecto de los nuevos territorios. Las ciudades no fueron la excepción. Oaxaca o Antequera en aquella época, era una ciudad joven que emergería de las ruinas de antiguos asentamientos indígenas allí ubicados y ocupados posteriormente por españoles. Sabemos que Cortés llegó a habitar durante su primera etapa en la región el palacio del administrador azteca, ubicado en la parte central de la actual mancha histórica. Por otro lado, las "Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación para la Nueva España" se introdujeron hasta 1573, casi cincuenta años después de la llegada de los españoles a la zona.

Pese a que otras instrucciones fueron dictadas desde la Corona⁷ para tratar de organizar la naciente estructura urbana colonial, es muy difícil suponer que estas pudieran impactar el fenómeno urbano que entonces emergía y que ya bastantes conflictos padecía debido a choques entre los poderes locales. La ciudad de Oaxaca parece entonces más resultado de un sincretismo urbano, adaptado a una traza regular que facilitaba la administración de la urbe, que una ciudad dictada por los principios morales higienistas y centralistas de la primera época de la Colonia.

Volviendo a Antequera y la narración de su conformación, esta recibió la Cédula Real que le elevaba al rango de ciudad el 5 de abril de 1932 por parte del mismo Carlos V, con lo que se declaraba la fundación oficial de la ciudad. Desde entonces y con no pocas dificultades, como los terremotos de 1787 y 1795, que devastaron buena parte de la ciudad (Oaxaca se ubica en una zona de alto riesgo sísmico), las epidemias de cólera de 1833 y 1850, o el periodo revolucionario de 1910 1917 que costó al país aproximadamente un 10% de su población total, la ciudad mantuvo un crecimiento más o menos constante que podemos apreciar en el incremento continuo de su población y que se ha mantenido hasta nuestros días.

Como resultado lógico de este comportamiento, Oaxaca ha experimentado una expansión también constante en la mancha urbana que la comprende. Para este trabajo es importante establecer esta relación debido a que en parte su objetivo es determinar las relaciones existentes entre la transformación física de la ciudad, con los flujos e incrementos en la población de la misma. En especial aquellos momentos donde la inmigración representó un cambio determinante en la conformación morfológica de la ciudad y su paisaje.

3 Comisión a Juan Peláez en revista *Acervos Oaxaca* vol 1 n°3-4

4 AGN, Hospital de Jesús 293, 135: 14

5 Existe un debate sobre la participación o no de García Bravo en esta tarea, Bravo era una persona cercana a Cortés y este se oponía abiertamente al establecimiento de una ciudad al centro del Valle en los territorios que consideraba de su propiedad. En cualquier caso, sabemos que Bravo habitó en Antequera y que como geómetra, de alguna manera debió haber influido en el destino de la ciudad.

6 La expansión que sufriría la ciudad desde mediados del siglo XX rompería dramáticamente la estructura reticular que había mantenido desde sus orígenes

7 Como la instrucción a Pedrarias Dávila de 1513 y la Ordenanza de Carlos V de 1523, que también aparecen en un momento posterior a la primera fundación de la ciudad, y que como reconocen muchos autores, no fueron sino una guía elemental de cómo organizar los nuevos asentamientos, pero que poco impactó en la realidad de las primeras ciudades de las colonias (Hardoy, 1977). Respecto al uso de la traza reticular en las ciudades novohispanas, Patrice Melé afirma: "Aunque desde 1514 una de las principales ordenanzas reales sobre la fundación de ciudades aconsejaba usar un plano regular, antes de la publicación de los textos de 1573, ninguna norma obligaba el uso del plano cuadrículado; este parece haberse impuesto por sí mismo" (Melé, 2006).

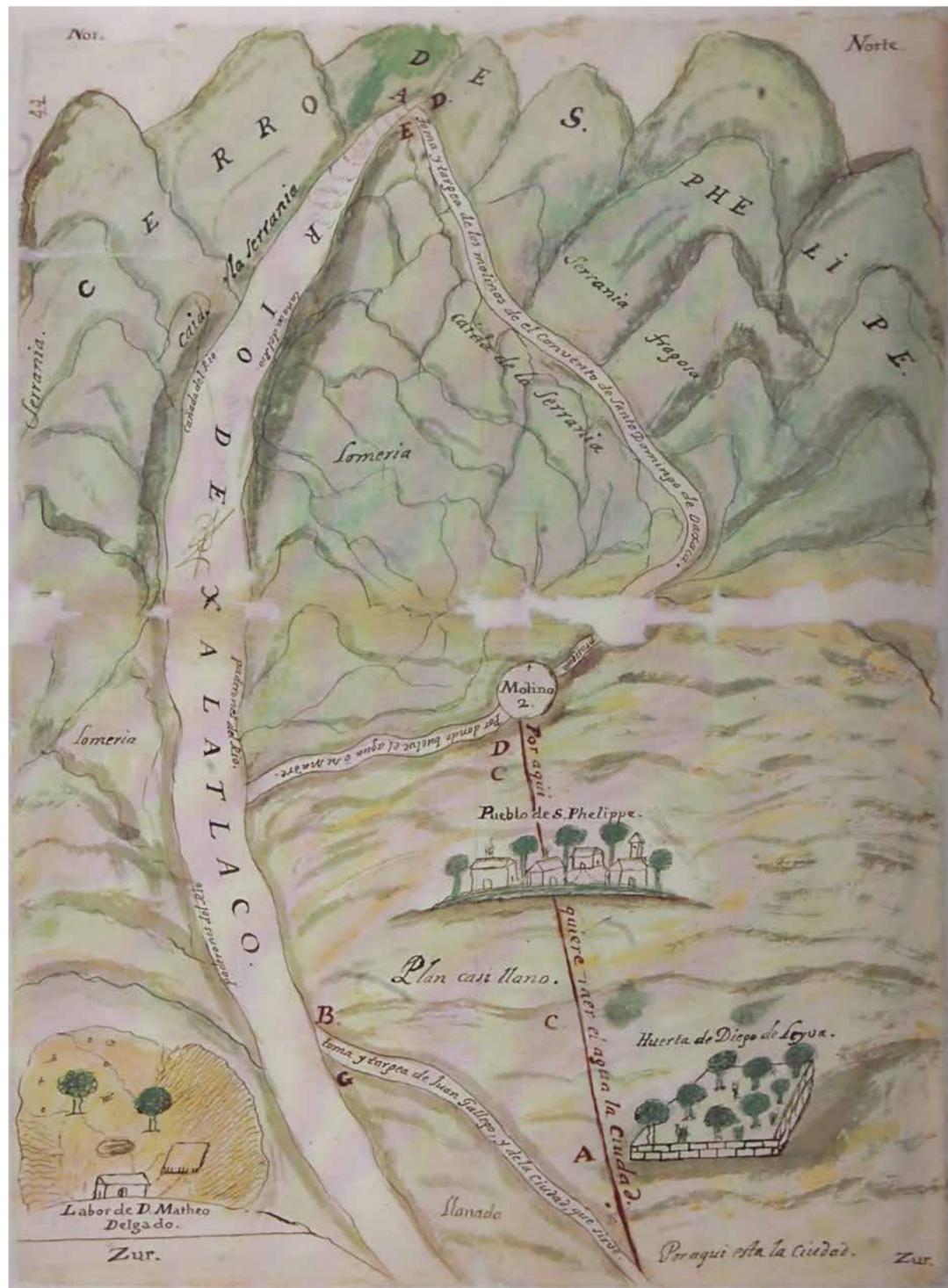


Imagen 2.3.1.1

Una de las más antiguas imágenes de la zona Poblados al norte de la ciudad 1726

2.3 El crecimiento urbano

La ciudad de Oaxaca inició su expansión "moderna" a partir de mediados del siglo XX, a la par de la crisis demográfica que afectó a todo el país en ese mismo periodo. Pero ha sido en los últimos treinta años que ha experimentado un crecimiento sin precedentes, como resultado de la tendencia cada vez más marcada en todo el planeta hacia la urbanización de la población rural. En México, pese a una disminución constante de la tasa de natalidad⁸ desde finales de la década de los setenta y al flagelo que implica la emigración constante de mexicanos hacia el extranjero, las zonas urbanas de prácticamente todo el país han mantenido una tasa de crecimiento constante; la ciudad de Oaxaca y su área metropolitana no es ni por mucho la excepción.

En la siguiente parte de este trabajo se pretende desarrollar una revisión histórica del crecimiento urbano de la ciudad. Dividimos este fenómeno en tres tiempos: Fundación y consolidación, Ciudad estable y Ciudad Moderna. Cada una de estas etapas pretende construir una visión general de los hechos urbanos de la ciudad sobre la base de planos y documentos que nos permiten reconstruir los principales acontecimientos de esta urbe por casi tres siglos. Este recorrido se detiene cuando nos acercamos a los últimos tiempos de la ciudad, debido a que en el capítulo 3 se profundiza en este periodo por ser el que más importancia tiene en cuanto al proceso que intentamos destacar. Aún así, a fin de cerrar un primer recorrido global de nuestra ciudad, se hace una mención muy general de este periodo y se exhiben algunos planos e imágenes que describen la ciudad en un punto cercano al final del siglo XX, un momento previo al inicio de la construcción del espacio regional.

Esta primera versión de la ciudad y sus fenómenos urbanos, basada en elementos documentales que le refieren, es un preámbulo al futuro estudio morfológico que de ella hacemos. Creemos que entender el origen que más profundamente analizaremos a futuro abre las puertas a un mejor entendimiento de la estructura de la mancha urbana que esta tesis trata de comprender.

2.3.1 Primera etapa

Fundación y consolidación

Durante la primera etapa de la Colonia, el poder central había permitido que sus caudillos fundaran y condujeran el desarrollo de las ciudades en el nuevo continente. Sin embargo, después de muchas experiencias negativas, la Corona decidió intervenir en este tema, para lo cual se dio a la tarea de trazar una serie de lineamientos que compilaban los preceptos militares, económicos y morales que deseaban imprimir en las nuevas ciudades (Navarro Segura, 2006) y que posteriormente fueron introducidos en las distintas urbes que emergían en los nuevos territorios. Pese a que la antigua ciudad de Antequera inició la conformación urbana que hoy conocemos alrededor del año de 1521, el primer plano de que se tiene conocimiento es del año de 1771.⁹

Sabemos que por imposición de la Corona Española existía una serie de ordenanzas bajo las cuales debían de ser organizadas las ciudades y villas de la Nueva España en 1523. Cortés recibió la "Instrucción dada para la población de la Nueva Granada, conversión de los indios y organización del país" a fin de regular entre otras cosas el trazado de las ciudades novohispanas. Bajo estas normas se había iniciado para entonces en México la edificación de la ciudad de Veracruz en la costa del Atlántico, aunque ya hemos mencionado que en la práctica estas reglas difícilmente se aplicaron y que obedecieron más un intento casi fallido de control de la Corona sobre lo que sucedía en los nuevos territorios.

Pese a la no existencia de referencias visuales de la ciudad en sus inicios, podemos deducir, gracias a la información histórica y sobre la base de las primeras representaciones gráficas con que contamos, que desde su fundación la ciudad mantuvo una estructura reticular bien definida. Las manzanas tenían un largo de 100 varas españolas cada una —unos 90 metros— y se articulaban desde el principio de la plaza central que daba cabida a las instituciones encargadas de ejercer control sobre la población, es decir, representantes de la Corona y sus instituciones, el marquesado, y la Iglesia católica. Desde este centro de gravedad la ciudad se estructuraría bajo una conjugación de la tradición mediterránea urbana fuertemente influenciada en esa época por los ochocientos años de conquista árabe —que en el mismo año del descubrimiento habían llegado a su fin— y una larga tradición urbana local.

Esta estructura perduró durante prácticamente toda la etapa colonial y sólo se transformó con la llegada del periodo moderno de la ciudad a partir de la década de 1940. En el plano realizado en el año de 1771, proveniente del Archivo de Indias de Sevilla, aparece una ciudad bien cuadrículada y ordenada en parte desde la ubicación de los distintos templos religiosos católicos que marcaban los límites de la misma. Se trata de una ciudad que basa sus finanzas en la estrecha relación con las actividades agrícolas de la región, que eran el motor de la economía, no tiene salida al mar, y el acceso a este tampoco es un camino fácil. En vez de eso, se cuenta con un fértil valle y una buena cantidad de población indígena que será aprovechada en los campos ya distribuidos entre los nuevos colonos.

⁸ Si bien se preveía que esta disminución no se vería de inmediato en el sentir de los fenómenos urbanos, sino hasta mucho tiempo después cuando las generaciones en edad joven completaran su ciclo reproductivo, si existió un desaceleración notable en la tasa de crecimiento demográfico que para el año 2000 llegó a prever que la población total del país sería de 135 millones de habitantes y no de 95 como realmente sucedió, (aunque habrá que sumar por lo menos cinco millones más de inmigrantes mexicanos en Estados Unidos). Más allá de errores en este cálculo o de las metodologías aplicadas, como el caso del censo de 1980, podemos suponer la presión que pudo haberse evitado sobre las ciudades mexicanas, sin embargo y pese a disminución en la tasa de nacimientos, la migración mantuvo constante la presión por lo que estas continuaron su expansión, lo que eventualmente derivó en la conformación de las distintas áreas metropolitanas del país.

⁹ Este es sin duda un hecho sobresaliente, pues durante 246 años no hubo ninguna representación del estado de la ciudad. Existe registro de un plano fechado en 1581 que debió acompañar una relación de la ciudad realizada en ese tiempo, sin embargo este desapareció de dicha relación. Algunos suponen que esta desaparición está relacionada con un intento por mermar la autoridad de Cortés al evitar que la Corona diera testimonio de sus posesiones en el valle.



Imagen 2.3.1.2

Plano de 1771
 Archivo General de Indias
 Sevilla España.

La traza urbana

Desde el punto de vista urbanístico, existen varios elementos destacables en este plano, además de la traza reticular que rige la ciudad. Hay una notable intención de resaltar a los dos ríos existentes en la zona que durante mucho tiempo limitaron la conformación física de la urbe. En este plano los ríos Atoyac y Jalatlaco —o Xalatlaco— se vuelven uno solo y da la impresión que la ciudad “emana” en el delta de los mismos. Es casi la representación de una urbe acuática en donde podemos apreciar incluso cómo entran a la ciudad los distintos canales que debieron suministrarle agua. Pero la realidad era que estos ríos bordeaban la ciudad de forma separada y sólo se encontraban en un afluente varios kilómetros al sur de la ciudad. Lo que seguramente pretendía el autor de esta imagen, era englobar en una sola representación los distintos elementos topográficos de la zona, ampliando la escala de la ciudad de tal manera que el territorio aparece encogido, y elementos como ríos, puentes, acueductos, montes y pueblos vecinos están demasiado cerca de la ciudad.

Pese a esto, este colorido plano deja ver los elementos más característicos del lugar; por un lado se aprecia el valle que emerge entre cerros y montañas representados claramente en los bordes del dibujo, y hay un contraste entre coloridos que trata de indicar la existencia de vegetación abundante en las zonas limítrofes de la ciudad y aledañas a los ríos. La ciudad de Antequera contaba con grandes ventajas físicas resultado de su ubicación geográfica en una región de clima húmedo, en un valle y rodeada por agua, lo que debió haber permitido apreciar una visión de agradable vegetación tanto dentro de la ciudad como en sus alrededores, quizás sólo contrastada por el color rojizo de su suelo que debió de haber emergido en forma de tierra cultivable a lo largo de los valles.

Así tenemos el perfil de una ciudad de baja altura, completamente ordenada dentro de una cuadrícula, organizada jerárquicamente desde el centro donde se concentran los poderes y que se vuelve el axis mundi del núcleo urbano. La ciudad mantuvo esta configuración y escala por muchos años, según dan cuenta distintas representaciones posteriores. Los cambios más relevantes fueron a nivel administrativo, como en 1877, cuando la ciudad sería dividida en cuadrantes a fin de mejorar su administración; estos contaban con infraestructura y servicios propios, pero siguieron dependientes del centro.

Oaxaca, de "ciudad intermedia" a metrópoli de Los Valles Centrales
 Emergencia de una ciudad-territorio en el sur de México

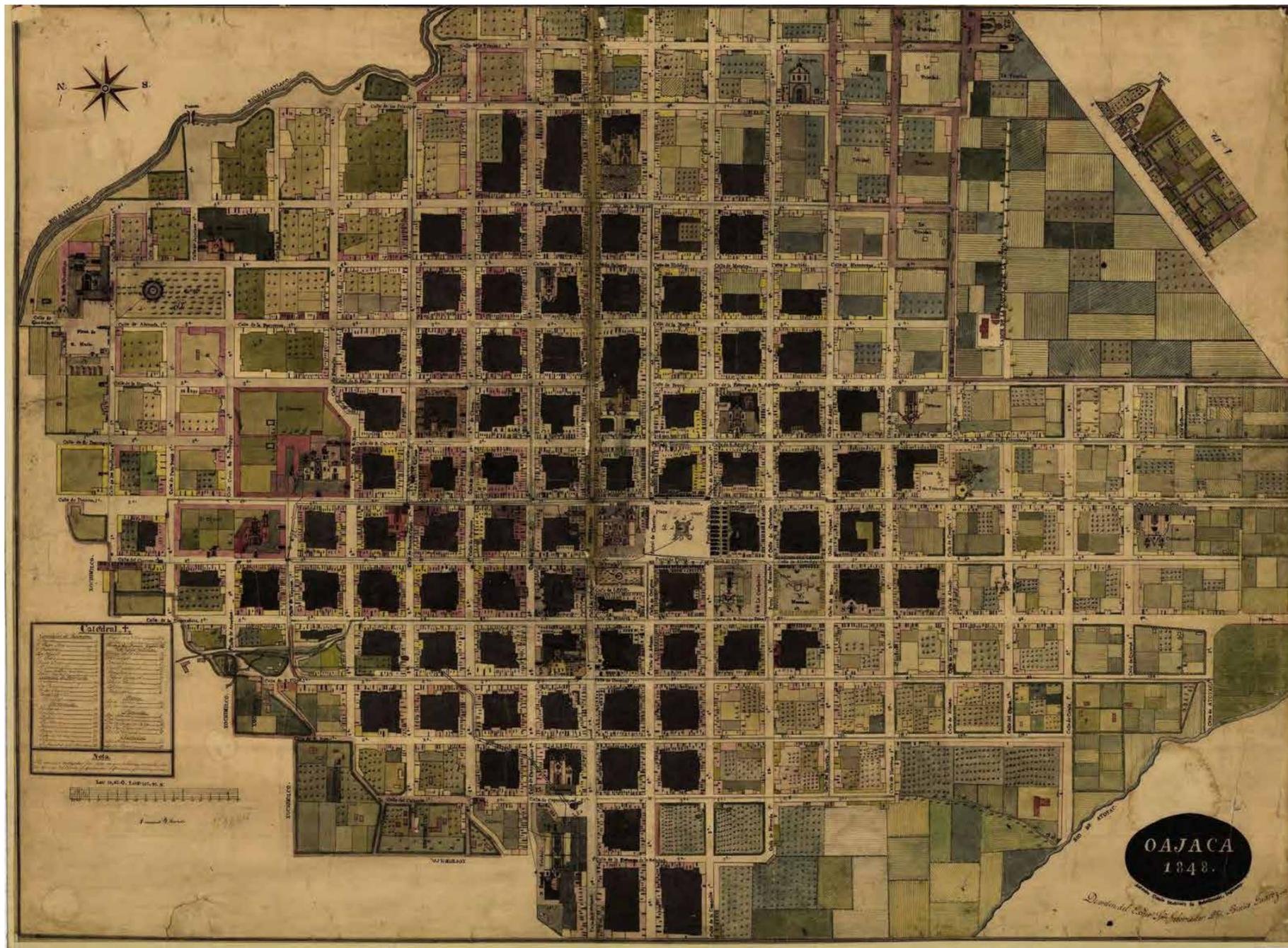


Imagen 2.3.2.1

Plano de 1848
Mapoteca Manuel Orozco y Berra

2.3.2 Segunda etapa

La ciudad estable

Entre el lapso que va de 1771, fecha del plano antes mencionado, hasta la década de los veinte del siglo pasado, la ciudad mantuvo una población prácticamente constante. Hacia 1771 contaba con 18,558 habitantes y para el año de 1910, antes del periodo revolucionario, había alcanzado un crecimiento máximo de 38,0 %, lo que implica un incremento de 19,453. Es decir, la ciudad tardó 133 años en multiplicar su población y sus proporciones físicas apenas variaron.

Este comportamiento tiene varios motivos que van desde las condiciones económicas, sociales y culturales, hasta otros que tienen que ver con eventualidades desagradables como epidemias, desastres naturales o guerras. Basta mencionar que durante el periodo revolucionario de 1910, el número de habitantes se contrajo hasta 17,792 personas, es decir, una población menor a la que existía en 1771. La recuperación de la población hasta un número similar a 1910 no llegaría sino hasta el periodo que abarca las décadas de los cuarenta y cincuenta.

Mas allá de las discusiones puramente demográficas de este periodo, lo que se pretende resaltar es el hecho de que durante lo que aquí denominamos el periodo de la Ciudad Estable –refiriéndonos al fenómeno del crecimiento de la mancha urbana– y que abarca de 1771 a 1910, la ciudad experimentó un crecimiento apenas perceptible, ya que desde el trazado de 1771, una buena parte de la superficie urbana se mantuvo hasta inicios del siglo XX. En todo caso, podemos presumir que se incrementó la intensidad constructiva de la ciudad –aumentando niveles a algunas construcciones– y terminaron de ser ocupadas algunas manzanas periféricas ya trazadas en los inicios de este periodo.¹⁰ Distintos planos de esta época dan cuenta de esta conducta, que caza perfectamente con el relativamente poco incremento de la población durante este mismo lapso.

¹⁰ El propio plano de 1777 y uno posterior de 1845 nos pueden dar fundamento a estas conjeturas, ya que sus autores tuvieron el cuidado de representar los paramentos de las fachadas existentes, lo que denota algunos cambios en la constitución de los edificios que incluyen el incremento de un nivel más a algunos de ellos.

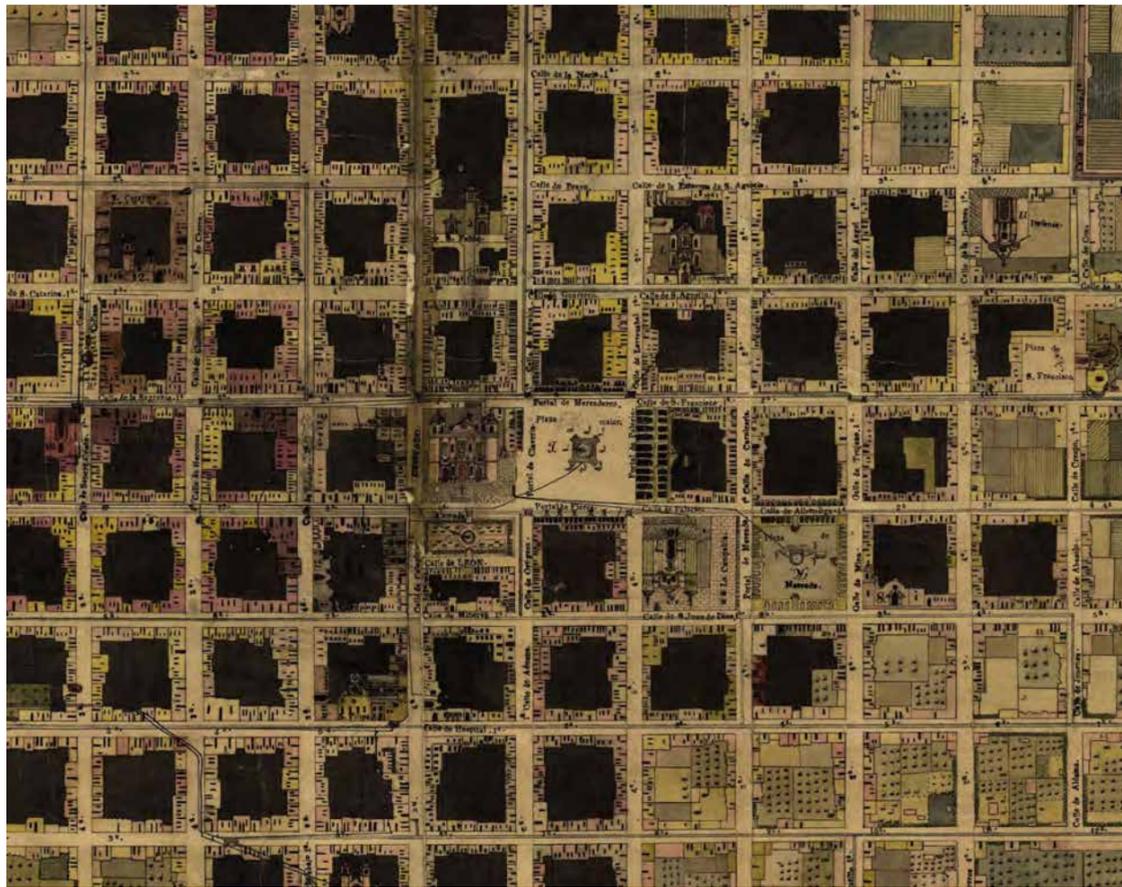


Imagen 2.3.2.2

Acercamiento Plano de 1842
Mapoteca Manuel Orozco y Berra

Tiempo de intervención

En un momento a la mitad de esta etapa, en el año de 1864, el país atravesó uno más de los periodos armados que marcaron el inicio de la joven nación. Sería esta vez la Intervención Francesa la que rompería un frágil periodo de paz que había iniciado con el fin de la Guerra de Reforma –la ciudad de Oaxaca ocupó un papel importante como bastión republicano durante este conflicto. De tal manera que en 1864 fue sitiada y poco tiempo después tomada por los invasores, no sin antes trazar un minucioso plano militar de la ciudad y la región en donde se ubica, es decir, los Valles Centrales.

Gracias a este plano podemos apreciar no sólo la planta urbana de la ciudad, sino también su relación con el resto de los pueblos vecinos con los que en un futuro formaría una sola ciudad. Para entonces, estas pequeñas unidades urbanas ocupaban un lugar casi imperceptible en el contexto, y su relación con la ciudad era mínima. Podemos atrevernos a asegurar que la mayor parte del tiempo funcionaban como entes aislados y que su contacto más frecuente debió haber sido el intercambio comercial de fin de semana que ocurría en las ciudades de todo el país.

Hoy día aún es posible detectar algunas regiones donde los días de mercado son la fecha marcada para acudir a la ciudad a realizar alguna transacción, y el resto del tiempo funcionan como núcleos independientes y autónomos en muchos de sus conceptos básicos, como la producción de comida. La tendencia autonómica de las comunidades va desapareciendo a la velocidad que avanza la urbanización del país. En la actualidad se mantiene como tradición el establecimiento de mercados callejeros en determinados días de la semana, pero su funcionamiento dista de lo que sucedía en aquella época. Sólo en las regiones rurales o de fuerte presencia indígena, existe una aproximación a la forma de comercio que había en esos tiempos.

Este modelo económico permitió que otros centros urbanos que existían dentro del territorio de los valles adquirieran relevancia. Ciudades como Tlacolula y la Villa de Etla desarrollaron una gran actividad regional, que incluso restó competencia a la ciudad de Oaxaca dentro de la región de los Valles Centrales. Al paso del tiempo, una tendencia a la concentración de servicios e infraestructuras terminó por generar el sistema centralizado que hoy podemos apreciar. Pero en el periodo que abarca los siglos XVIII y XIX el ambiente era más relajado y la organización del territorio favorecía la existencia de otros núcleos urbanos importantes.

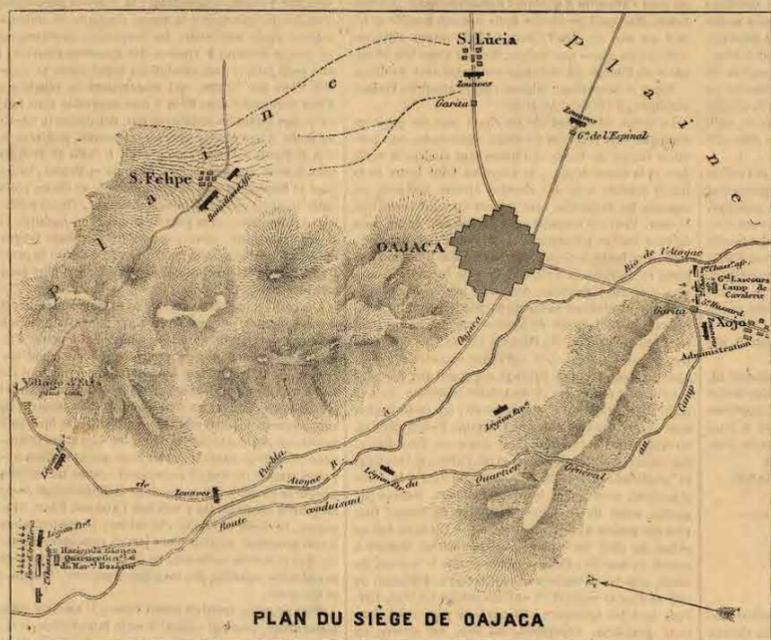
Para aquel entonces estas unidades “autosuficientes” que representaban haciendas y rancherías funcionaban como auténticos “burgos” con un gran nivel de autonomía, lo que les permitía operar separadamente del gran núcleo urbano de la ciudad de Oaxaca. Desgraciadamente estos núcleos contaban con el terrible ingrediente de la explotación humana y la concentración de beneficios en la clase dominante –los propietarios de las fincas, haciendas y explotaciones mineras. Esta, entre otras cosas fue la circunstancia que motivó, a inicios del siglo XX, la lucha armada revolucionaria.

Pero volviendo al tema del plano de 1864, existe otro elemento que destaca en la conformación del mismo. Está compuesto por cuatro dibujos, los tres primeros representan una planta topográfica de la ciudad a diversas escalas y abarcando distintas extensiones del valle, hasta que por último hace un acercamiento al núcleo urbano. Pero de entre todo el plano, destaca la gran litografía paisajística del valle, donde podemos enterarnos de como lucía la ciudad y su entorno en esos tiempos.

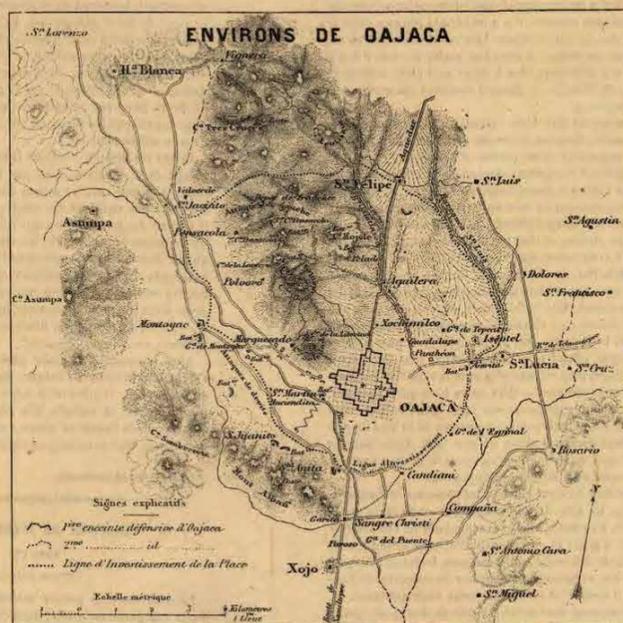
En este dibujo apreciamos una urbe que emerge entre el valle respaldada por montañas que son a su vez los elementos más sobresalientes de la imagen. La ciudad aparece baja, blanca, expandida, dispersa, la obra construida apenas trazada; con excepción de los templos e iglesias que emergen altivos, el resto de edificios son casi un bosquejo. No pasa lo mismo con el río que luce majestuoso en la parte baja del dibujo, dejando ver un ancho caudal y un amplio recorrido; la vegetación del valle resalta en todo momento y en ocasiones ahoga las construcciones de la ciudad. Podemos suponer que esta representación está influenciada por el romanticismo europeo de la época, lo que explicaría el dominio de lo natural sobre lo construido. También podemos elucubrar que, por tratarse de una guerra de conquista, era fin de este mapa documentar los territorios tomados, por lo que el lugar debería parecer majestuoso a los ojos de las autoridades a las que la expedición francesa rendiría cuentas.

Fueran cuales fueran los fines de este grabado, es una gran representación de la ciudad y su entorno, que nos da una imagen realmente valiosa desde el punto de vista histórico del contexto de la urbe. Como ya hemos dicho antes, la ciudad había crecido muy poco desde 1771 y seguiría con poco crecimiento hacia los inicios del siglo XX, por lo que esta representación nos aproxima a los orígenes de la ciudad, con algunas precisiones. A costa de realizar estudios más concretos, podemos suponer que quizás una diferencia importante de la ciudad en su primera etapa y esta, es la deforestación inminente de los cerros y montañas vecinas; resulta complejo imaginar que lo que fue el primer enclave español en el sureste del país hubiera surgido en una región que carece de recursos vegetales inmediatos.

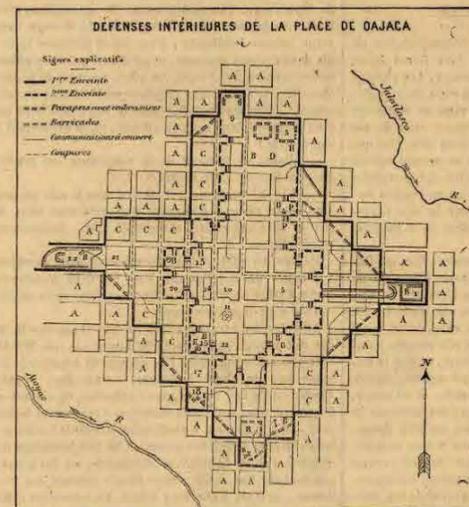
La región ya había sido fraccionada y entregada a la explotación agrícola, lo que nos permite seguir imaginando la posibilidad de una tala sistemática iniciada por los pueblos nativos, continuada en el siglo XVI con la llegada de los primeros españoles y que probablemente no se detuvo sino hasta haber explotado al máximo los recursos inmediatos. Debemos mencionar de nuevo que esta aseveración es apenas una elucubración y está motivada por estudios recientes que demuestran un cambio real en las especies de plantas y árboles que existieron en esa época y las que actualmente podemos encontrar. También se fundamenta en el conocimiento de experiencias similares en otras ciudades coloniales, donde la expansión urbana fue sinónimo de destrucción del entorno inmediato.



PLAN DU SIÈGE DE OAJACA

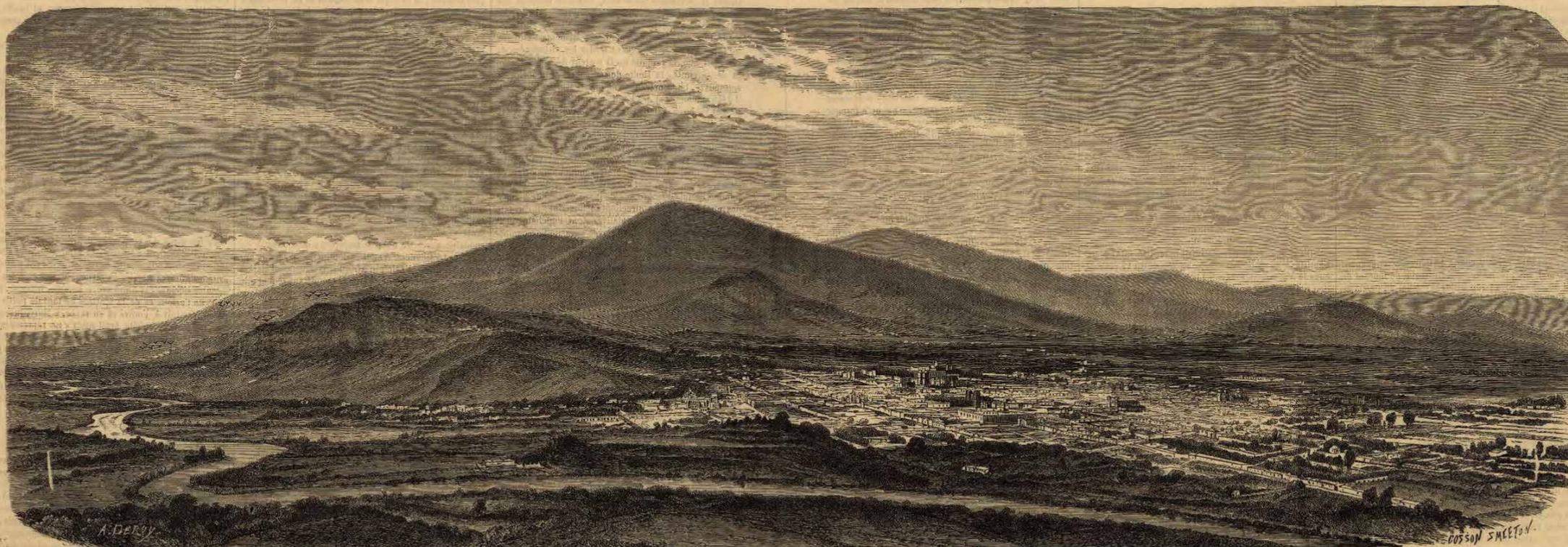


Signes explicatifs
1^{re} enceinte défensive d'Oajaca
2^{de} enceinte
Ligne d'invasion de la Place
Echelle métrique
1 Kilomètre
1 Lieue



Signes explicatifs
A CARRÉS BRULÉS OU DÉTRUITS
B DÉPÔT DE POUDRE ET DE MUNITIONS.
C CADRE PRÉPARÉ POUR ÊTRE FORTIFIÉ.
D FORÊT DE CANONS.
E DÉPÔT DE 15,000 GABIONS.
F DÉPÔT DE COMBUSTIBLES.
G SALPÊTRIERE, DÉPÔT DE POUVRE, CAPSULERIE.
H CASERNE.
I HOTEL DE LA MONNAIE.
P PRISON

1. LA MERCED.
2. LAS PUEBLES (église).
3. SAN-DOMINGO.
4. SANTA-CATARINA (église).
5. SAN-PABLO (couvent).
6. SAN-AGOSTIN (couvent).
7. DEFENSA (église).
8. COLLÈGE DE SAN-FRANCISCO
9. EL CARMEN (couvent).
10. CAPILLA DE ANIMAS.
11. PLAZA MAYOR.
12. PALACIO DE L'ESTADO.
13. CARMEN DE ARAJO.
14. ALAMANDA.
15. LA CONCEPCION.
16. LA COMPANA (église).
17. PLAZA DEL MERCADO.
18. SAN-JUAN-DE-DIOS (hôpital).
19. SAN-FELIPE
20. HOPITAL.
21. SAN-JOSÉ (couvent).
22. LA SOLEDAD.



PANORAMA D'OAJACA ET DES PORTS, VUE PRISE DU SOMMET DU MONT ALBANE.
1. Fort Zaragoza. — 2. Fort Libertad. — 3. Deuxième Dominante. — 4. Premier Dominante. — 5. Cerro de la Lanterna. — 6. Cerro de Las Tres Cruces. — 7. Cerro Pensacolis.

Año 1864 a 1866

Oaxaca, de "ciudad intermedia" a metrópoli de Los Valles Centrales
Emergencia de una ciudad-territorio en el sur de México

Imagen 2.3.2.3

Plano Militar Frances 1864
Mapoteca Manuel Orozco y Berra

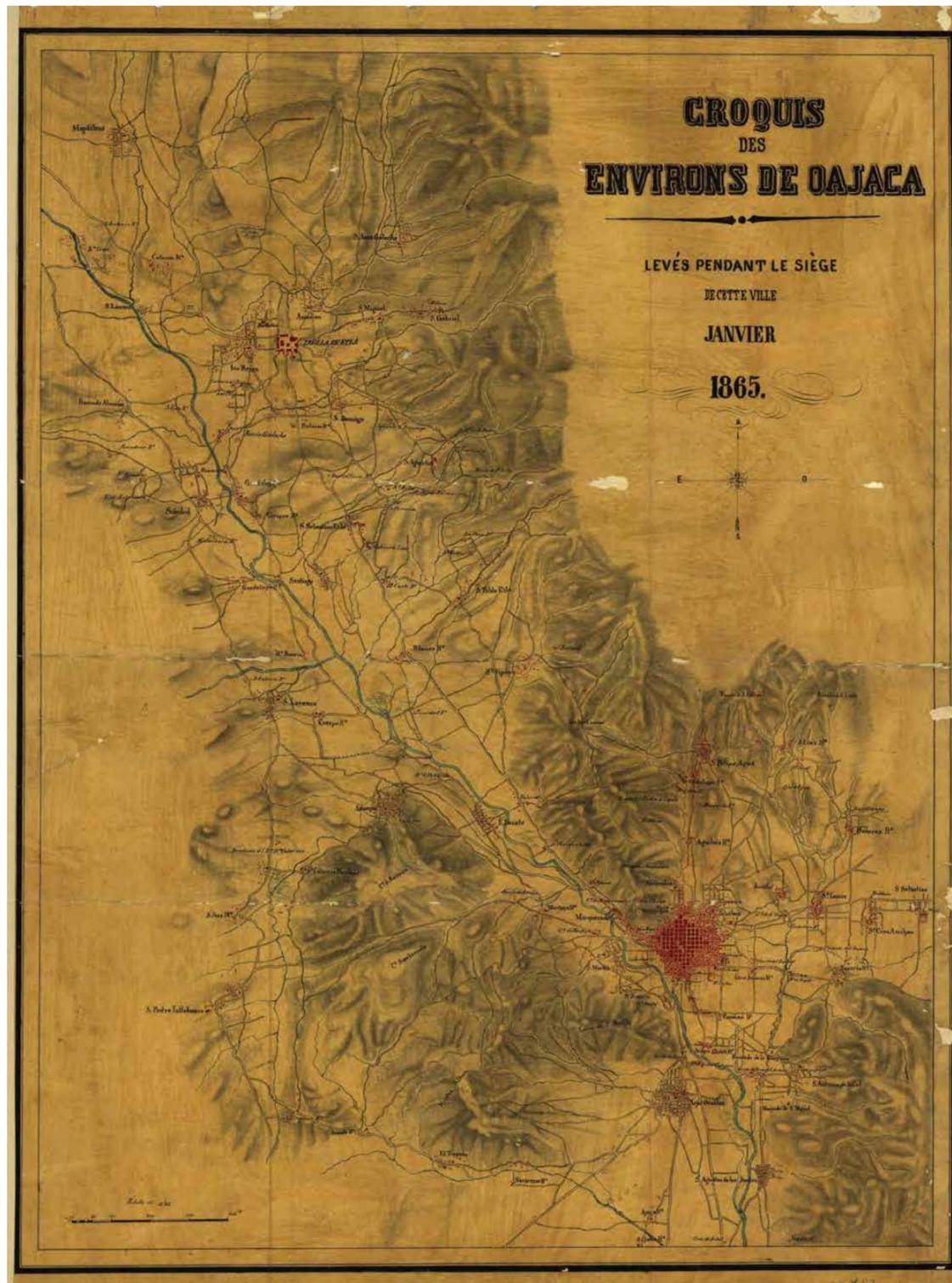


Imagen 2.3.2.4

Plano de 1865
Oaxaca y sus alrededores
Mapoteca Manuel Orózcó y Berra

Modernizando

Para principios del siglo XX es decir la época de la “modernidad”, México era gobernado por el general Porfirio Díaz, dictador que ejerció el poder con mano dura por más de treinta años. Enamorado del progreso europeo, Díaz ambicionó durante todo su periodo de gobierno la modernización del país, era un admirador del urbanismo francés y la arquitectura moderna que en el viejo continente se gestaba. Dedicó grandes inversiones a la edificación de majestuosos edificios que pretendían representar el avance económico del país.

Sin embargo, su modelo de crecimiento e industrialización se basaba en dos máximas detestables: la explotación inhumana de las clases pobres que quedó documentada en el libro de John Kenneth Turner (1879-1948) México Bárbaro –que se refiere precisamente a la explotación de indígenas hasta la muerte en los campos de tabaco de Valle Nacional en la parte norte del estado de Oaxaca–; y la puesta a disposición de los recursos del país para todo aquel que tuviera intenciones de invertir en el mismo, sin restricciones de ningún tipo. Una versión preliminar del capitalismo salvaje. “México está abierto” proclamaba Díaz, y a cambio sólo pedía que los inversionistas construyeran la infraestructura que suponía necesaria y que su gobierno era incapaz de suministrar. Este modelo liberal produciría algunos avances económicos, pero generaría una cicatriz social que aun hoy en muchos sentidos sigue viva.

Díaz era originario de Oaxaca y había sido gobernador militar del estado en el periodo de la ocupación francesa mientras Benito Juárez, otro oaxaqueño ilustre, era presidente. Bajo su gobierno la ciudad fue capturada por los franceses y fueron desbastados en parte por órdenes del propio General Díaz. Una vez que llegó al poder, irónicamente por la vía armada en oposición a la reelección del presidente Sebastián Lerdo de Tejada, permaneció sin visitar su estado natal por un largo periodo, dedicándose a la construcción de la utopía del estado moderno con la que soñaba. Aún así, para finales del siglo, la ciudad de Oaxaca estaba en pleno crecimiento.

Un factor fue determinante para el arranque de la nueva etapa en la ciudad: la llegada del ferrocarril en 1882 tras varios intentos, reactivó la economía local rápidamente; con él llegaron también la electricidad y el alcantarillado público, elementos que marcaron el inicio de una nueva era. Un plano de 1887 ordenado por el mismo Díaz da muestras importantes de este crecimiento. Como dato curioso este plano deja ver el inicio de una expansión hacia la parte noreste de la ciudad, rodeando el Cerro del Fortín hacia el Marquesado y al noroeste sobre Jalatlaco. Estas serán a la postre las dos vías casi naturales de la expansión urbana de la ciudad.

Esta etapa de esplendor de la ciudad y toda la región está muy vinculada a dos aspectos esenciales: la producción agrícola, actividad largamente desarrollada en la región, y un periodo de esplendor para la explotación minera. La minería había sido una actividad constante en la región de los Valles Centrales desde la Colonia. Sin embargo, la política liberal impulsada desde el gobierno de Benito Juárez y continuada por Porfirio Díaz, habían dotado de nuevo impulso a esta industria en el estado.

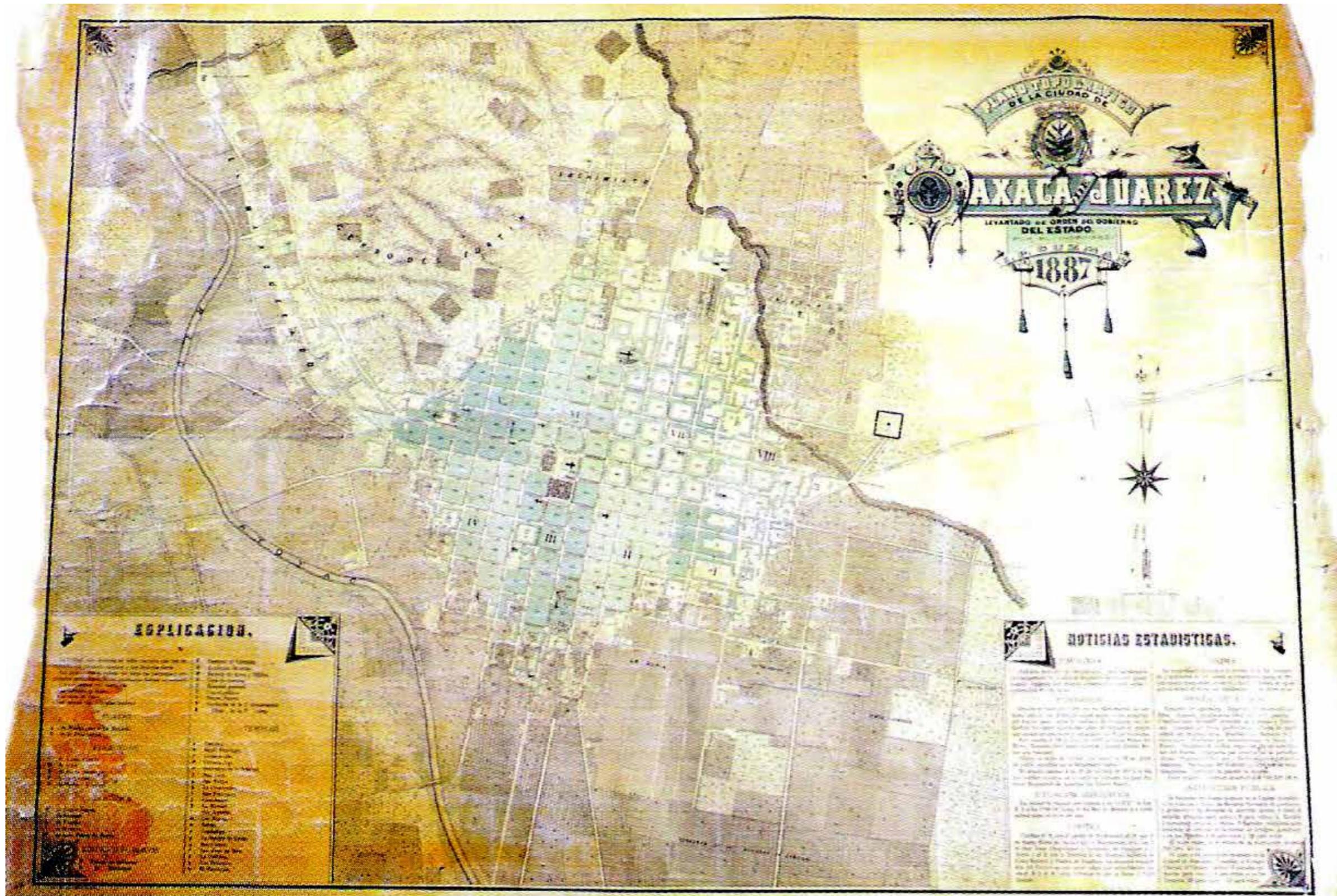
La llegada de inversionistas extranjeros, sobre todo ingleses y norteamericanos, se vio reflejada pronto en la constitución del territorio en cuestión. La inclusión de nuevas infraestructuras en el espacio de los Valles Centrales, es quizás la huella más potente de ese periodo sobre el espacio que ocupará la futura región, siendo el ferrocarril el elemento más determinante. La necesidad de extraer y procesar los beneficios mineros generó la construcción de hasta 6 líneas de ferrocarril dentro del espacio de los Valles Centrales; de estas, la más importante era la que comunicaba la Ciudad de Oaxaca con el centro del país, sin restar importancia al extenso sistema ferroviario que operó al interior de la región.

Cabe mencionar que la operación de esta red ferroviaria dependía fuertemente de la ciudad de Oaxaca, que se establecía como un centro nodal del sistema. Todas las líneas apuntaban a la ciudad capital, y en sus límites llegaron a existir hasta tres estaciones terminales. Esta configuración remarca dos hechos importantes: la importancia que la red ferroviaria llegó a tener para la ciudad y el inicio de un proceso de centralización del territorio que ubicaría a la ciudad de Oaxaca como el centro indiscutible de un sistema de ciudades que iniciaba un proceso de transformación.

Junto con el sistema ferroviario regional, existió en el casco histórico de la ciudad una red de tranvías concesionada, que operó hasta la mitad de los años veinte del siglo pasado. Se trataba de carros tirados por mulas que transportaban a la población de la ciudad por cinco rutas distintas. El sistema conectaba incluso poblaciones más distanciadas de la entonces mancha urbana, como San Felipe del Agua al norte y El Marquesado al noroeste. De tal modo que estas líneas son el primer antecedente de un sistema de transporte público metropolitano, operativo a finales del siglo XIX.

Como en el caso del ferrocarril, la pujanza económica de ese periodo había hecho posible el establecimiento de este sistema, financiado por una serie de inversionistas locales¹¹ y extranjeros que operaban las distintas rutas. Pero la llegada del primer autobús hacia finales de la década de 1930, sumado a la tardía conversión de los tranvías de tiro a motores eléctricos, selló el fin de este sistema de transporte público que por casi 40 años operó en la ciudad y un espacio más amplio, que poco a poco se integraría en un entramado más compacto.

¹¹ De entre estos destaca un hacendado y empresario local de nombre Wenceslao García que financió no sólo un ramal de ferrocarril que se dirigía a la ciudad de Tlaxiaco, sino también una parte de la red de tranvías que en la ciudad operaba. Su muerte en parte aceleró la caída de este último medio de transporte en la ciudad.



Oaxaca, de "ciudad intermedia" a metrópoli de Los Valles Centrales
Emergencia de una ciudad-territorio en el sur de México

Imagen 2.3.2.5

Plano de 1887
Archivo Histórico Municipal
de la Ciudad de Oaxaca.



Imagen 2.3.2.6

José María Velasco
Ciudad de Oaxaca
1887



Construyendo ciudad

Después de superada su primera etapa de crecimiento urbano y hacia el fin de la segunda, la ciudad mantuvo una reducida tasa de expansión durante todo el siglo XIX, que parecía terminar con la llegada del XX, pero los estallidos sociales que iniciaban junto con el siglo dejaron una profunda huella en la urbe. Durante el periodo revolucionario, de 1910 a 1917, miles de sus habitantes salieron de la ciudad en busca de refugios en el campo, especialmente hacia la Región Mixteca (Cervantes y Sánchez, 1997). La violencia que se libraba en todo el país provocó el abandono de la ciudad de cerca de 20 000 personas, es decir, el 53 % de la población que existía en 1910. Esta pérdida vino acompañada de una nueva destrucción de la ciudad, esta vez bajo el fragor de una guerra civil.

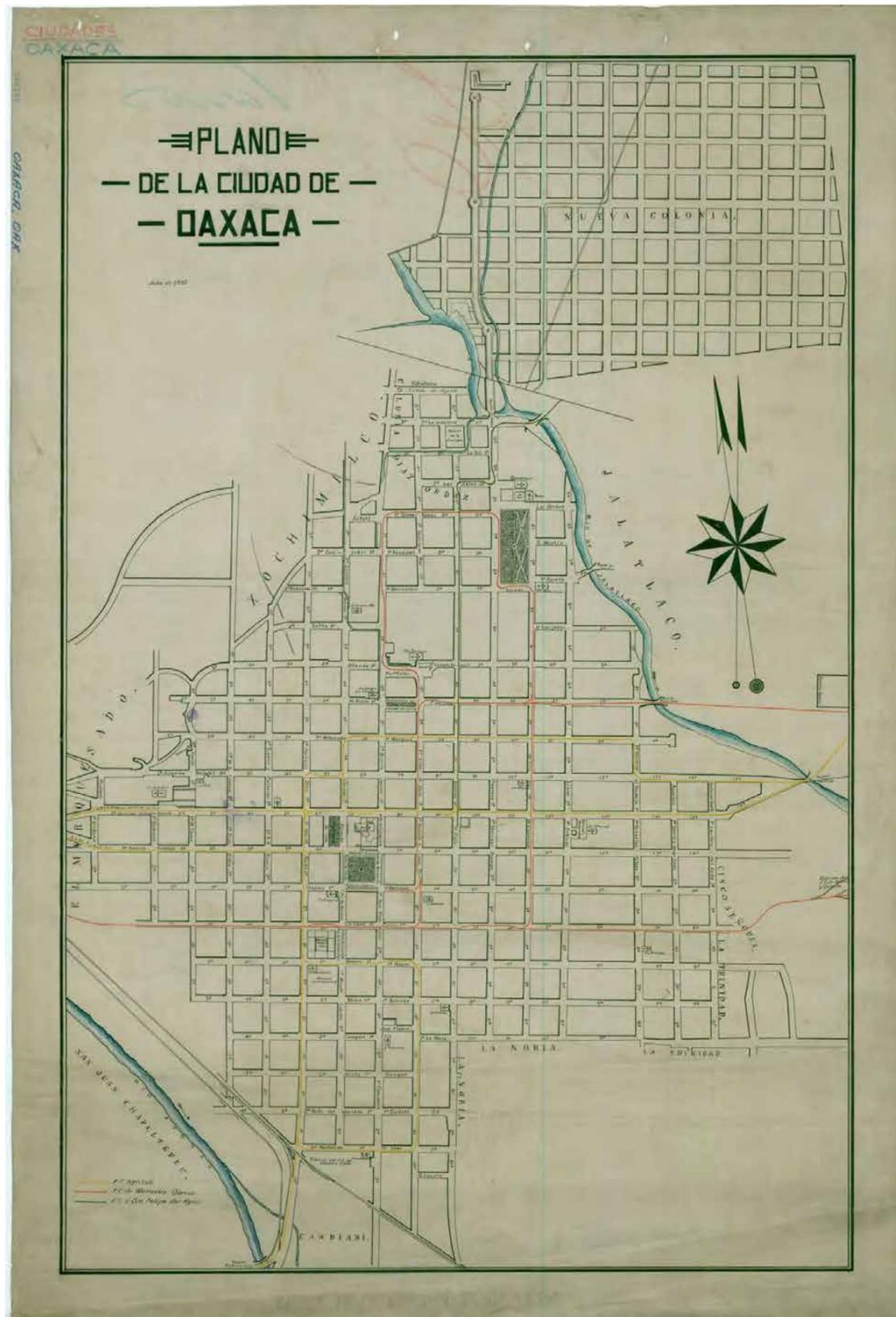
Una vez terminada la Revolución y consolidado el gobierno que de ella emergió, no con pocas dificultades, y casi veinte años después, la ciudad inició por fin un crecimiento lineal en cuanto a su población y su extensión. Al paso del siglo, otras entidades vecinas le siguieron en esa dinámica y en un futuro la ciudad iniciaría casi inadvertidamente un periodo de conurbación y metropolización, que se caracterizará por un crecimiento constante de los distintos núcleos urbanos, que después se integrarán en un solo espacio continuo –conurbación.

La ciudad antigua tenderá poco a poco a romper con su orden reticular estricto y empezará a extenderse en múltiples direcciones hasta integrarse con otras unidades en una sola, formando lo que hoy conocemos como la Zona Metropolitana de Oaxaca. De este periodo nos ocupamos en el siguiente apartado de este trabajo que es, como hemos dicho en un principio, la etapa más relevante para este trabajo, pues en ella la ciudad “explotó” como urbe, transformando su planta y forma. Es en esta etapa también que la migración revolucionó todas las ciudades mexicanas, exhibiéndose como un fenómeno tan antiguo y contemporáneo como la misma humanidad.

Oaxaca, de "ciudad intermedia" a metrópoli de Los Valles Centrales
Emergencia de una ciudad-territorio en el sur de México

Imagen 2.3.2.7

Reproducción de Plano de 1910
Archivo Histórico Municipal
de la Ciudad de Oaxaca



2.3.3 Tercera etapa
El siglo XX y la ciudad "moderna"

Mientras en Europa y Norteamérica la industrialización de las economías y las ciudades había permanecido como constante desde principios del siglo XIX, en México se vivía en el campo. Sólo el 10.6% de población habitaba en ciudades, por lo tanto, sus habitantes vinculaban sus actividades productivas al agro. Existía una fuerte concentración de la propiedad en manos de grupos pequeños que sustentaban su bienestar económico en la explotación de una población pobre, enferma, analfabeta y con una perspectiva de vida que no superaba los 35 años. A inicios del siglo XX comenzó un despertar social del pueblo que clamaba por justicia e igualdad y así, en 1910 inició la gesta revolucionaria que tendría en sus inicios como principal meta la imposición del sistema democrático y la igualdad ante la ley de todas las personas —así de básicas eran las demandas de entonces. Estos ideales se transformaron, destruyeron, compactaron, y hasta desaparecieron, sin embargo, su legado abrió al país una nueva perspectiva.

La ciudad de Oaxaca había sufrido, como tantas otras del país, la devastación de la guerra de revolución, pero después de la pacificación ocurrida en 1929 con la unificación de los últimos caudillos bajo un partido político de estado PNR —Partido Nacional Revolucionario—, el país iniciaba un nuevo período en su historia en el que se dedicarían grandes esfuerzos al establecimiento de las instituciones que regirían el nuevo orden, surgido de las miserias que la lucha armada había dado en herencia a un nuevo grupo de poder; surgía entonces la "clase política".

Bajo este marco, Oaxaca inició una recuperación paulatina de su población que sólo se vio alterada en 1940, cuando se presentó un saldo negativo respecto a 1930. Pero inclusive en este periodo, la ciudad se mantuvo prácticamente restringida a sus límites históricos; el río Atoyac seguía delimitando la mancha urbana al oeste de la ciudad y el Jalatlaco al este. No sería sino hasta la década de los cuarenta, en medio del "milagro mexicano",¹² que la ciudad iniciaría lentamente su expansión fuera de los límites históricos que había mantenido por casi doscientos años.

Distintos planos de este periodo dan muestra de esta tendencia. Entre los existentes de los años 1910, 1911, 1931, y 1933 apenas existen diferencias, seguramente el proceso de crecimiento demográfico de la ciudad fue absorbido por la implosión de la misma. Los solares que quedaban desocupados al sur terminaron por ser construidos y algunas manzanas de la periferia que conservaban huertas hacia dentro de los límites fueron también alcanzadas por la demanda de espacios. En este proceso de compactación de la ciudad debieron de haber intervenido razones de tipo técnico, como la cobertura de la red hidráulica y de drenaje, así como algunas restricciones legales. Esta primera etapa se caracterizó por una consolidación del área urbana existente, aunque también inició la expansión de manera discreta fuera de los límites históricos de la ciudad.

Imagen 2.3.3.1

Plano de 1910
CEDIF Puebla

Estirando la ciudad

Existe un plano fechado entre 1950 y 1952 que resulta especialmente interesante en cuanto al sentido de la expansión urbana de la ciudad. Este documento deja ver una cuadrícula regular —casi una copia de la del casco histórico— al noroeste de la ciudad y sobre el poblado histórico de Jalatlaco, precisamente al otro lado del río del mismo nombre. La primera aparición de este trazado, que debido a su geometría y estructura nos recuerda un tipo de ensanche de la ciudad antigua, se remonta a un plano de 1906. Después, para 1933 curiosamente aparecerá y desaparecerá de una serie de planos editados ese mismo año, todos autoría de Enrique A. Cervantes.

De estas representaciones podemos deducir varias cosas: Primero, seguramente este ensanche, que mantiene una gran relación en cuanto a la proporción de las manzanas con la zona antigua de la ciudad, no existía materialmente, sino que se trataba de un plan de crecimiento impulsado desde la administración de la ciudad o algún empresario local para regular su crecimiento, seguramente a influencia de los ensanches europeos del siglo XIX; la segunda deducción es que Díaz era un amante del urbanismo europeo por lo que no sería extraño que hubiera tratado de introducir un modelo de crecimiento venido de esta parte del mundo en la capital del estado del que él era originario, como muestra el plano de 1906, época en la cual gobernó el país.

La existencia de esta ampliación es en sí un tema de investigación que propiciaría un trabajo aparte, aquí simplemente se pretende resaltar la existencia de un intento de ordenamiento de la ciudad a partir de principios del siglo XX y que, tras su ensayo, se dejó de lado a mediados del mismo siglo. Seguramente una de las razones que propiciaron este cambio fue el inicio del rápido crecimiento de la población, provocado en buena parte por la llegada de miles de personas desde el interior del estado, limitando la capacidad del gobierno de regular lo que pasaba en la ciudad.

¹² Periodo que iniciaría en la década de los cuarenta y terminaría en los setenta y que se caracterizaría por un crecimiento anual de la economía del 6% y que acompañó también la explosión demográfica del país.

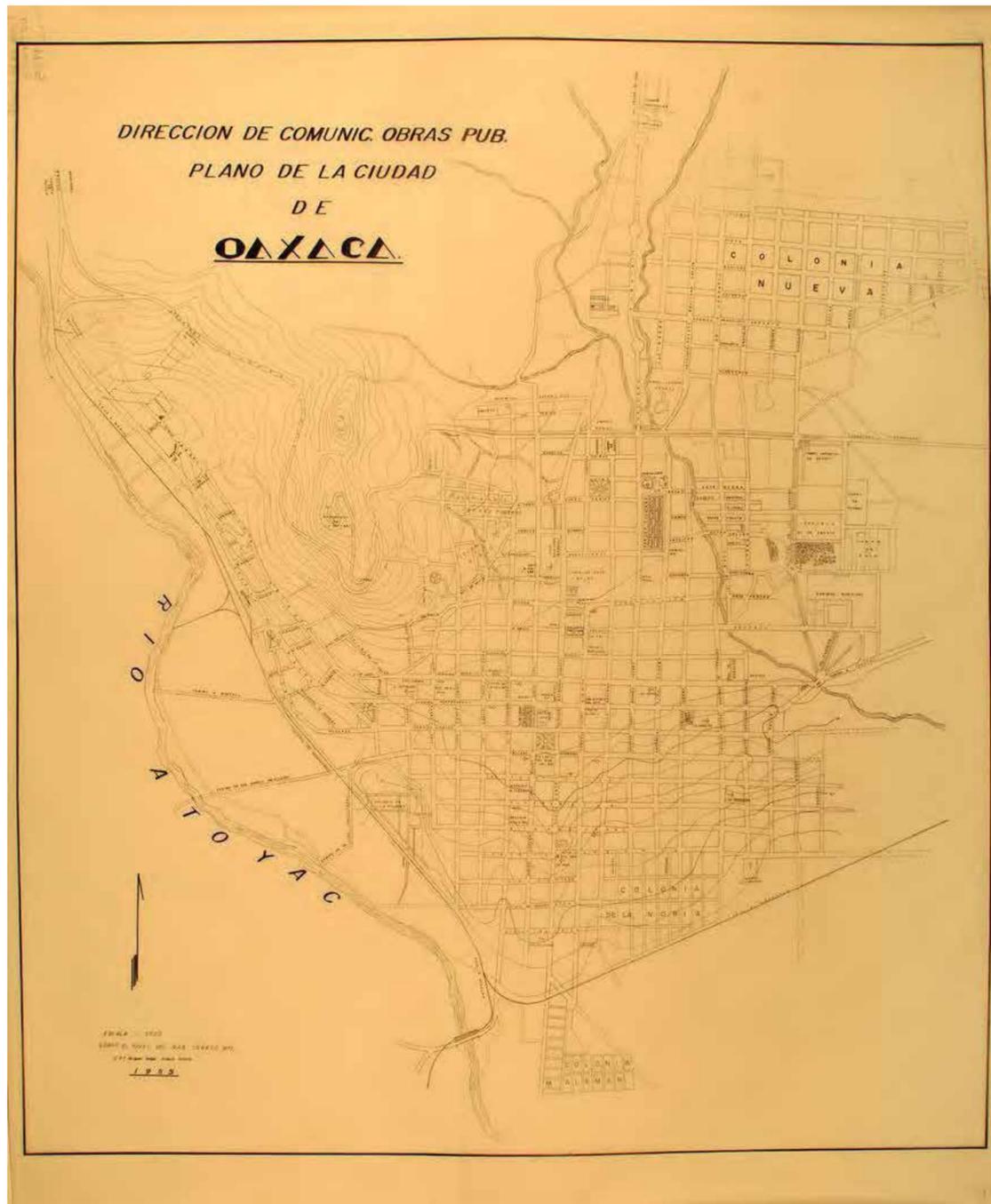


Imagen 2.3.3.4

Plano de 1955.
 Archivo General del Poder
 Ejecutivo del Estado de Oaxaca.

Ciudad espontanea

Para 1955, apenas tres años después, podemos ver cómo el ensanche noreste ya materializado aunque distante de los planteamientos iniciales –aparece en el plano como Colonia Nueva– se ha unido a otra zona de crecimiento de la ciudad que iniciaba su expansión y que se desprendía desde Jalatlaco, dando inicio a un proceso de conurbación por ese sector. Este pueblo, uno de los viejos asentamientos del centro del valle, aparece en algunas representaciones muy anteriores, como en el plano de 1887, donde podemos ver una pequeña retícula existente en ese mismo lugar.

Estas serían las primeras imágenes del crecimiento espontáneo de la ciudad y el comienzo de un periodo constante de expansión, caracterizado por la conurbación de los pueblos más inmediatos al casco histórico. Porque si bien existía una tendencia al crecimiento en dirección noreste hacia la zona del Marquesado en las faldas al lado oeste del Cerro del Fortín, esta expansión de la ciudad es más una continuación del núcleo histórico que permaneció invariable desde 1791, integrando precisamente la parte del Marquesado con el resto de la ciudad. Posteriormente la ciudad marcará una nueva línea de crecimiento que consolidará el sector norte de la metropolización de la urbe una vez iniciada la conexión con el resto de los pueblos del valle.

Las semillas de crecimiento urbano que apreciamos en el plano de 1955 marcarían el futuro modelo de desarrollo y construcción de ciudad, que en adelante regiría los límites y características morfológicas en su nueva etapa. A los polos de crecimiento noreste y oeste noroeste, se vino a sumar uno más en la parte sur de la ciudad, lo que consolidaría las direcciones del crecimiento urbano que culminaron con la anexión de una serie de municipios vecinos, conformando buena parte del perfil actual de la ZMO.

El periodo que va desde finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta, marca el comienzo del crecimiento acelerado de la ciudad de Oaxaca; la población literalmente se multiplicó incrementando la presión sobre el territorio. En 1950, según el censo nacional de población, en la ciudad habitaban 46 741 personas, pero para 1960 la población se había incrementado hasta 72 370, es decir una variación de 25 629 –64.6%–, una cantidad similar al incremento total de la población de la ciudad en el periodo de 1771 a 1950 –28 183. Sin embargo, este crecimiento de la población apenas se notaría en el territorio debido a que existían reservas de suelo que permitieron su absorción dentro de las tramas urbanas ya consolidadas.

La loca migración

Este primer estallido en la población se originó principalmente por la llegada de miles de habitantes del campo a la ciudad. México, en la década de los sesenta, estaba en medio de una etapa de auge económico que se mantuvo constante por más de una década. Ello propició el clima adecuado para transitar hacia la tan anhelada industrialización. El inicio de las grandes inversiones en la planta productiva del país se concentró principalmente en las ciudades del centro y norte, pero afectó indirectamente a las capitales del sur, entre ellas Oaxaca. Las ciudades se volvieron más atractivas debido al incremento en la oferta de bienes y servicios, y la llegada de inmigrantes fue una realidad cada vez más constante que marcaría la pauta de la expansión de la ciudad.

El fenómeno migratorio en sus inicios expresó un cierto desprecio por las ciudades pequeñas o medianas y dirigió sus pasos hacia las urbes de gran tamaño, especialmente la Ciudad de México. Luego se observó un proceso parecido en otras dos grandes capitales: Guadalajara y Monterrey. No fue sino hasta el periodo que iniciaría en la década de los setenta, que la migración interna modificaría su funcionar para descubrir las ciudades de menor escala del país. A partir de ese momento, la migración tomaría por asalto estos núcleos, dando descanso a las grandes ciudades que para entonces estaban desbordadas.

Con todo esto y pese a experiencias anteriores, estos asentamientos tampoco estaban preparados para absorber el flujo de personas que hacia ellas se dirigía. Lo que dio como resultado un impacto negativo en estas, que hasta ese momento habían mantenido un cierto equilibrio derivado de la estabilidad en el número de sus habitantes y las actividades que estos desarrollaban. Este es el caso de la ciudad de Oaxaca; buena parte de su actual problemática se deriva justamente de la incapacidad de afrontar el fenómeno migratorio y sus problemas derivados.



Imagen 2.3.3.5
 Plano de 1970
 Archivo Histórico Municipal
 de la Ciudad de Oaxaca.

Creciendo; subiendo a la montaña

Una vez que la ciudad antigua había agotado sus reservas internas de suelo, y que se completó la etapa de intensificación de la planta construida preexistente,¹³ los recién llegados habitantes de la ciudad iniciaron la edificación de nuevas "colonias"¹⁴ periféricas, donde el suelo era más abundante, barato, y existía la posibilidad de construir una vivienda acorde a las necesidades de cada familia. Desde el centro se inició un crecimiento descontrolado que en un inicio mantuvo la tendencia de absorber los pueblos vecinos y se mantuvo sobre los ejes de comunicación primarios de la ciudad. Pero para mediados de la década de los sesenta, ya se extendía por todas direcciones, respetando sólo los accidentes topográficos que dificultaban la capacidad de edificación de nuevas viviendas.

Un plano de 1969 muestra cómo para esa época, los límites históricos de la ciudad, los ríos Atoyac y Jalatlaco, habían sido superados por completo. El crecimiento en dirección oeste, norte y sur es sin duda el más importante de la mancha urbana, pero hacia el este, ya del otro lado del río Atoyac, apareció un nuevo rostro con una serie de colonias periféricas que amenazaban con seguir su expansión hacia el sur, cosa que eventualmente sucedió. En veinte años, la ciudad prácticamente había doblado la superficie que abarcaba hasta la década de los cuarenta, sin que existieran condiciones que permitieran suponer que esta tendencia cambiaría. Todo lo contrario, cada vez más rápido la ciudad continuó su expansión superando la capacidad de los distintos órganos de gobierno de proporcionar las condiciones de habitabilidad elementales para las nuevas zonas urbanas y sus habitantes.

La estructura y funcionamiento de la ciudad se alteró por completo desde ese momento, y como ha sucedido en prácticamente todas las ciudades de origen colonial en México. En Oaxaca, la ciudad antigua que para entonces fungía como eje del crecimiento urbano, cedió poco a poco su uso habitacional a otras actividades más relacionadas con el comercio y los servicios que ya concentraba, pero que en este periodo se intensifican. Además, el crecimiento de la población no sólo de la ciudad sino de todo el estado, y desde luego de la mancha urbana, trajo consigo un incremento en la demanda de servicios y junto con ello el crecimiento de la burocracia del aparato de gobierno. Este tendió a concentrarse dentro del perímetro de la ciudad vieja, efecto que ocasionó el apropiamiento de espacios existentes, ante la incapacidad de generar nuevos, debido a las limitantes para la obtención de suelo suficiente y reglamentos existentes en el área.¹⁵

De esta manera, la ciudad antigua desaparece de la manera que se la había contemplado hasta entonces, y resurge como una entidad política, comercial y de servicios –sobre todo turísticos–, con lo que se consolida como el centro de una nueva ciudad; es decir, la ciudad deja de ser ciudad compacta y se vuelve el epicentro de otra urbe que opera de manera distinta de como la ciudad antigua lo había venido haciendo.

¹³ Por restricciones físicas primero y después legales no se permitió el crecimiento vertical del casco histórico, así que las posibilidades fueron la ocupación del suelo disponible, y el incremento de hasta un nivel de algunas edificaciones cuyas características estructurales lo permitieran.

¹⁴ "Colonia" es un término comúnmente usado en México para referirse a un área urbana determinada, similar a lo que en otros lugares se denomina "barrio".

¹⁵ El centro histórico de la ciudad contó desde siempre con una norma que complicaba la realización de nuevas construcciones dentro de sus límites.

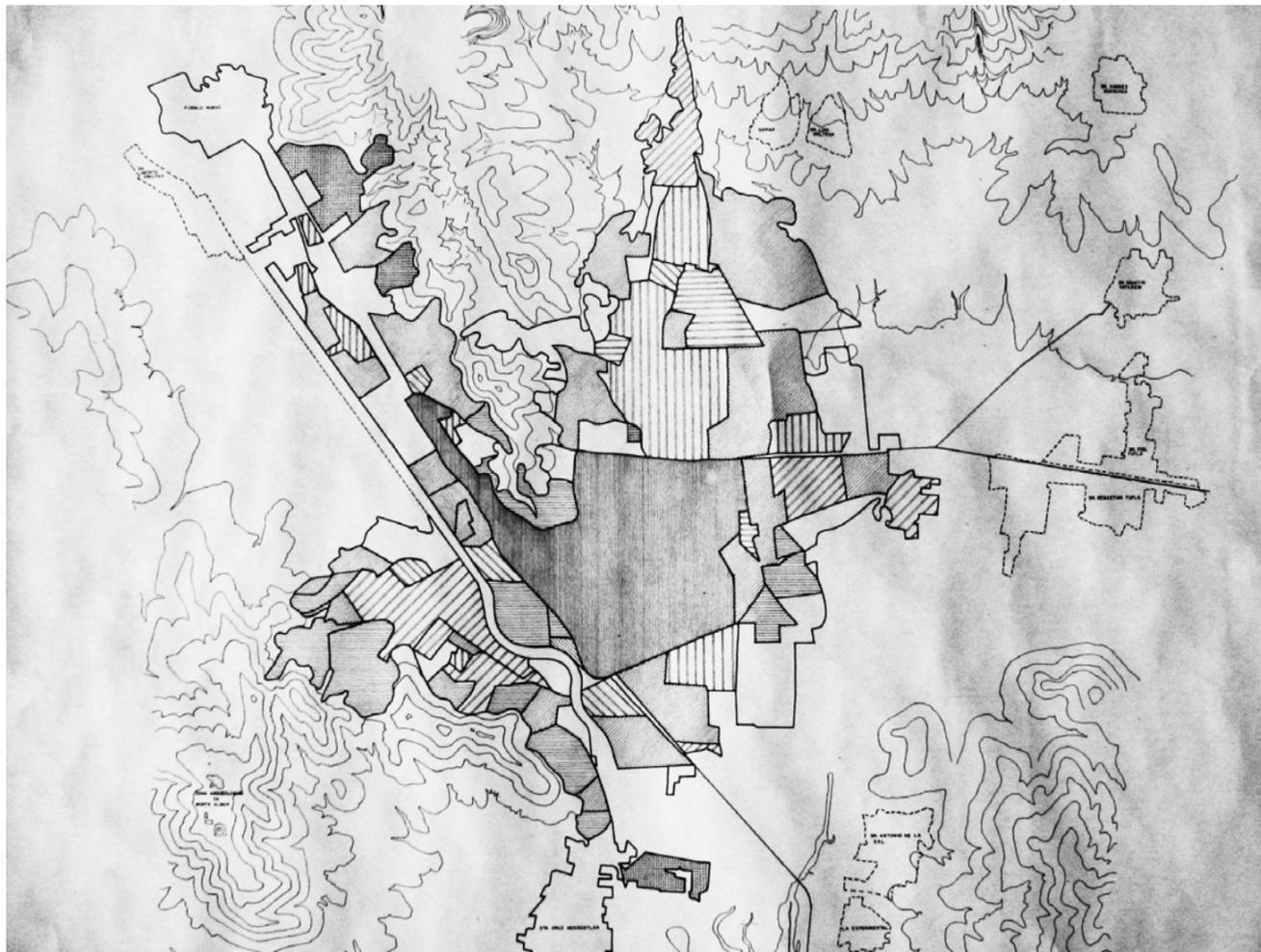


Imagen 2.3.3.6

Plano de 1969
 Archivo General del Poder
 Ejecutivo del Estado de Oaxaca



Imagen 2.3.3.7

Vista del Cerro del Fortín.
 Urbanización Marginal.

La ciudad dividida

El periodo que inicia a partir de la década de los sesenta significa el comienzo de la etapa de crecimiento más intensa de su historia. La inmigración intensifica su dinámica y miles de nuevos habitantes arriban. De tal manera que para 1960, el 4.19% de la población del estado vive en el municipio de Oaxaca de Juárez, un crecimiento importante en comparación del 3.29% de 1950, o el 2.46% de 1940. Desde entonces, este porcentaje se fue incrementando más y más, y para 1970 quienes habitaban en el municipio representaban ya el 4.94%. En el año 2005 el total de la población estatal que vive en el municipio de Oaxaca de Juárez es de 265 033, equivalente al 7.56%. Este porcentaje prácticamente se duplica si ampliamos esta consideración a la Zona Metropolitana de Oaxaca, con 504 159 habitantes en ese momento, equivalente al 14.38% de la población estatal estimada en 3 506 821.

El crecimiento de la mancha urbana a partir de 1960 y hasta la consolidación de la ZMO es paradójicamente fácil de explicar, pero difícil de interpretar. Se plantea este periodo en estos términos debido a que resulta sencillo señalar cómo la ciudad experimentó su expansión en continuidad, y en los mismos sentidos en los que había iniciado a partir de la década de los cincuenta. Sin embargo, el fenómeno tendió a volverse más complejo una vez que surgieron nuevas centralidades, desde las cuales la ciudad se encontró ante una nueva forma de crecimiento. Adentrarse en este proceso implica el análisis de una serie de circunstancias y hechos que implicarían un estudio formal de cada uno de los municipios y sus poblados que poco a poco se suscribieron a la ciudad mediante este fenómeno. Para efectos de este trabajo, sólo abundaremos en algunas prácticas generales que afectaron primero la organización social de la ciudad y después, de manera más material, el territorio de la misma.

La ciudad a finales de los años sesenta continuó en un periodo de estrés derivado del constante crecimiento de su población. Acompañando al fenómeno de la migración, principal componente de este crecimiento, se darían otros de tipo social aunados a la necesidad de las personas recién llegadas al lugar. Así aparecieron organizaciones cuyo principal propósito era conseguir parcelas "urbanizables" para satisfacer las necesidades de espacio de una población que se incrementaba rápidamente. Estas organizaciones casi siempre afines a alguna agrupación política, se manejan con poca ética y acuden a prácticas como la ocupación y el despojo para hacerse de un solar, normalmente con la aprobación del partido en el poder que aprovecha de alguna manera esta la dinámica de estos grupos a su favor.¹⁶ A cambio, permite asentamientos irregulares y la destrucción del ecosistema, como el rural vecino a la mancha urbana de la ciudad.

A consecuencia de esta corrupción, la ciudad adquirió parte del perfil que hoy le conocemos, cerros primero y valles después fueron tomados y parcelados. De la inexistente planeación aparecieron viviendas precarias que poco a poco fueron adquiriendo peso y masa tal, que hoy día son parte inalienable del paisaje de la ciudad. Estas prácticas desgraciadamente prevalecen y rigen aún buena parte del crecimiento del conglomerado urbano.

¹⁶ Este tipo de prácticas son bastante comunes en los países donde persiste este tipo de ocupaciones, tristemente tienden a afectar de manera negativa la interacción de las personas y el espacio, y por consiguiente, la ciudad. Para ampliar más revisar Peter Ward, 2004 y Mike Davis, 2006.



Imagen 2.3.3.8

1978 Plan Estatal de Desarrollo
Centro de Documentación CONAPO

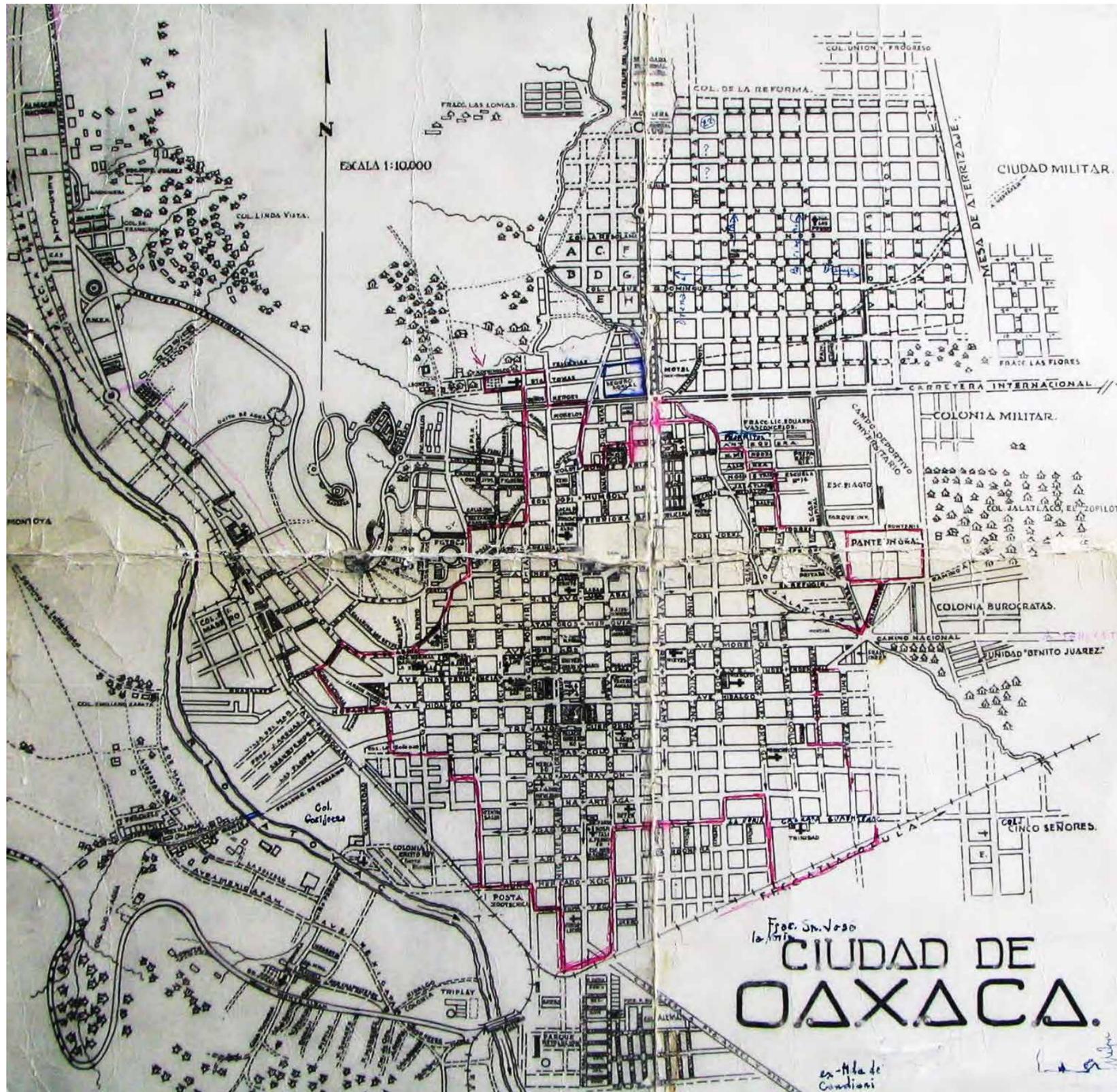
Una ciudad distinta

Oaxaca no contó con un plan de desarrollo urbano sino hasta finales de la década de los setenta, así que durante la mayor parte del periodo intenso de migración, estuvo a merced de lo cotidiano y de cualquier iniciativa o capricho de sus gobernantes. Junto a esto, la irregularidad en la propiedad de la tierra y el incremento de la demanda sirvieron como atenuantes para que la ciudad sufriera una transformación súbita e irregular en un lapso relativamente corto. Un plano no fechado, pero que por sus características debe pertenecer a esta época, deja ver la complejidad en cuanto al perfil socio-urbano de la ciudad. Muestra su división en función de la estructura socio-económica de la mancha urbana, partiendo del centro como núcleo histórico, adquiriendo una denominación aparte del resto. En esta imagen podemos apreciar la complejidad urbana que ya para entonces representaba la ciudad y que se mantendrá en las décadas venideras.

Para la década de los setenta, la mancha urbana que desde la ciudad antigua se había desprendido, había alcanzado a otras poblaciones vecinas, muchas de las cuales habían iniciado previamente un crecimiento propio, derivado principalmente de la relación que estos núcleos mantenían con el centro, no sólo en el sentido geográfico si no también económico. De esta forma, se inició la conformación de la Zona Metropolitana de Oaxaca.

Asentamientos vecinos se fueron integrando cada vez más a la dinámica urbana, sus poblaciones se incrementaron y sus actividades económicas se transformaron, así la ciudad entró en un periodo de crecimiento, esta vez policéntrico, que le caracteriza hasta la actualidad. Para entonces la mayoría de los pueblos cercanos y el centro histórico formaban ya una estructura que, si bien frágil, al paso del tiempo le daría parte de su fisonomía actual, muy densificada en el centro y dispersa en relación con municipios del norte, sur y este de la zona metropolitana.

Pese a todo podemos detectar aún una cierta separación geográfica del continuo urbano que representa el centro histórico, así como una tendencia a la expansión como polos más o menos independientes, que sin embargo, pareciera que tienden a ser absorbidos en un futuro no muy distante. El crecimiento físico de las ciudades vecinas, la macrocefalia de la ciudad antigua, la urbanización de la población rural y la dependencia económica de la ciudad antigua, fueron fenómenos que afectaron la urbe profundamente y que nos hablan de un proceso de metropolización muy activo en ese periodo.



Presión sobre el territorio

Hacia la década de los setenta, ya sólo el 73% de la población estatal es rural, lo que deja ver cómo el fenómeno de la urbanización presionaba a las ciudades del estado y en especial a la capital. En este periodo, la migración de habitantes del campo a la ciudad inició su escalada masiva, tuvo su cenit en los ochenta, y no se detuvo sino hasta muy avanzada la década de los noventa, donde si bien el fenómeno se redujo, no desapareció, y en ocasiones se diversificó volviéndolo más complejo.

Distintos documentos de la época dejan ver la creciente preocupación de las autoridades estatales y municipales ante el crecimiento desmesurado que enfrentaba la ciudad. De hecho, el Plan Estatal de Desarrollo Urbano de 1978 hacía dentro de sus planteamientos un llamado a "la creación de reservas dentro de las ciudades territoriales para establecer la población futura" 17. Plantea la necesidad de reforzar los núcleos urbanos de menor tamaño a fin de facilitar la administración de recursos, pero también sabiendo que son estas ciudades las que están bajo presión de recibir flujos constantes de personas. Un plano sin fechar, pero que presumiblemente pertenece a la década de los setenta, muestra ya una estructura urbana en expansión desde múltiples direcciones. Como dato interesante, este mapa detalla, con una simbología muy evidente, los sitios donde es posible encontrar asentamientos precarios, realidad que se hacía más y más evidente en la ciudad.

De igual manera, el "Plan de desarrollo urbano de la ciudad de Oaxaca de Juárez" de 1979, promulgado por el gobierno del estado, da especial énfasis al ya evidente crecimiento desorganizado, derivado del incremento acelerado de la población como vemos a continuación: "Un segundo problema fundamental es el derivado del anárquico crecimiento registrado en las últimas décadas. Como resultado de este crecimiento se han ido incorporando pueblos aledaños y ha sido desbordado el territorio municipal, constituyéndose en un área urbana desordenada y poco densa." (Plan de desarrollo urbano de la ciudad de Oaxaca de Juárez, 1979, pág 7) Esto nos indica que para finales de los años setenta existía ya la conciencia de las problemáticas que enfrentaba la ciudad ante la metropolización de la misma y de cómo el crecimiento acelerado derivado de la inmigración estaba impactando su territorio.

Más adelante, este mismo documento continúa de la siguiente manera: "Esta situación ha traído un sinnúmero de consecuencias negativas, entre las que destacan: La destrucción de importantes recursos naturales o la ocupación de las zonas agrícolas que rodean la ciudad y que constituyen el área de recarga de los mantos acuíferos de la misma". (Plan de desarrollo urbano de la ciudad de Oaxaca de Juárez, 1979, pág 8.) Eventualmente estos daños lejos de reducirse, se incrementarían, y la ciudad continuaría su expansión descontrolada en todas direcciones; la migración continuaba constante, al igual que la tasa de crecimiento natural, mientras que la expectativa de vida aumentaba.

El crecimiento de la población y la mancha urbana no se detenía, de tal manera que en el propio plan podemos encontrar esta predicción: "El área urbana de la ciudad de Oaxaca para el año de 1994 habrá de alojar 345 mil habitantes. Dicha población estará conformada principalmente por migrantes." (Plan de desarrollo urbano de la ciudad de Oaxaca de Juárez, 1979, pág 40) El dato oficial para el censo de 1995 en la ZMO es de 404 371 habitantes, número que rebasó en mucho la predicción realizada y que deja ver la magnitud del impacto migratorio en la ciudad, que finalmente se tradujo en una expansión desarticulada, costosa en todos los ámbitos y altamente agresiva con el medio ambiente. Finalmente, la población es y fue quizás la más afectada en este proceso. Sólo por mencionar el rubro de los servicios, según el Plan Estatal de Desarrollo Urbano, en esa misma época, el 81.72% de población urbana del estado no contaba con pavimentación en sus calles y según el Plan Municipal de Oaxaca de Juárez para 1978, sólo el 70% de la población tenía agua potable, el mismo porcentaje contaba con drenaje y la energía eléctrica llegaba al 80%. Estos números son incluso optimistas, si consideramos al resto de los municipios que empezaban a conformar el área metropolitana, donde la calidad y cobertura de los servicios era menor.

Imagen 2.3.3.9

Plano de probablemente fin de los sesenta
 Archivo de la Fundación Bustamante Vasconcelos

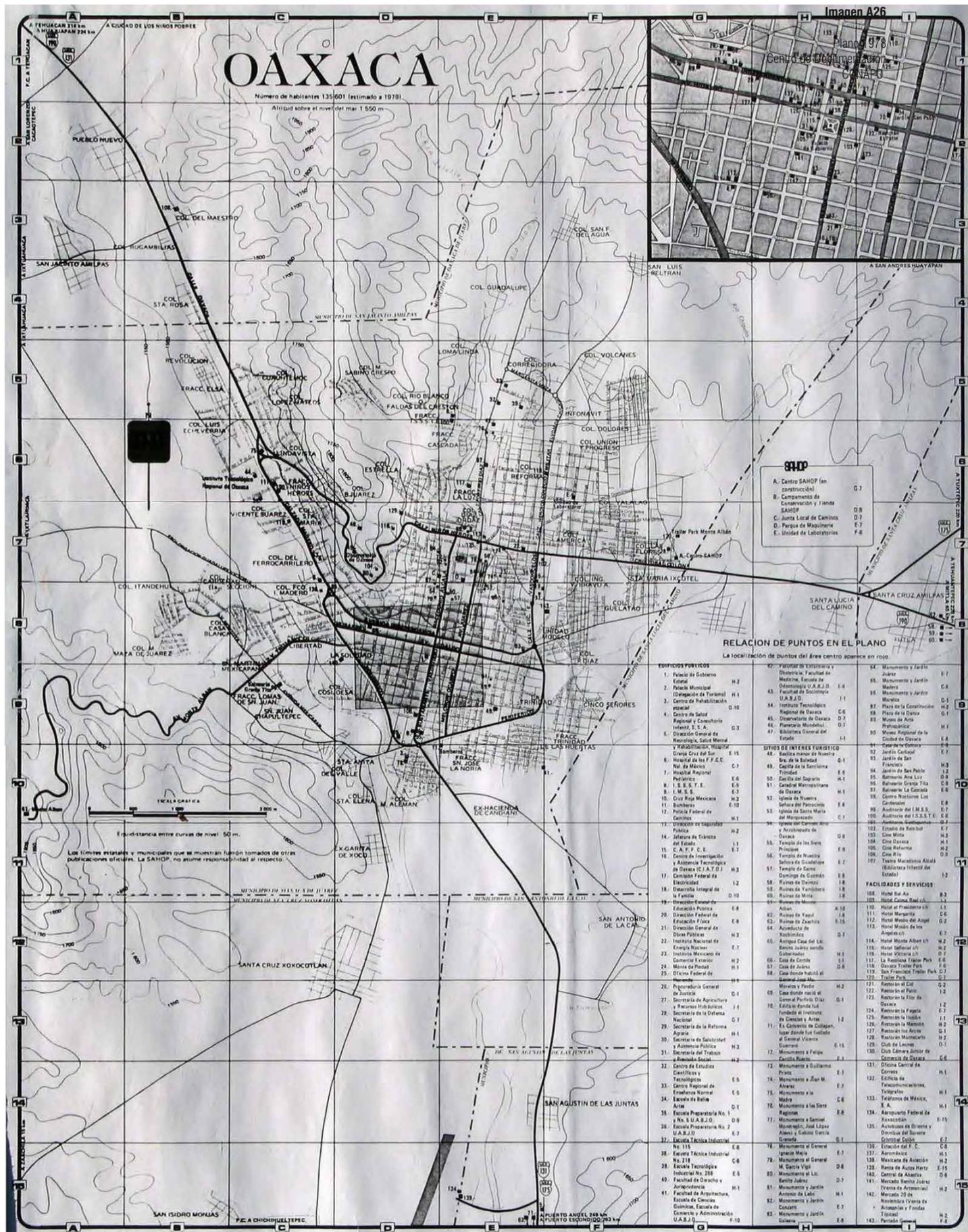


Imagen 2.3.3.10
1979 Secretaría de Hacienda
Mapoteca del Instituto de Geografía UNAM

El territorio se rompe

Bajo esta presión, la ciudad sufre la transformación más profunda en cuanto a su forma urbana. Un plano de 1978 editado por la Subsecretaría de Asentamientos Humanos del estado deja ver cómo el centro histórico no es más un ente independiente, sino el núcleo duro de una nueva metrópoli, y cómo la ciudad se extiende de forma segregada sobre el territorio. Ante esta perspectiva, un hecho a destacar es cómo a medida que la urbanización, sobre todo la que se origina en los pueblos vecinos, se extiende, utiliza el trazado de las parcelas agrícolas para regular su crecimiento.

De esta manera, lo que es un crecimiento errático adquiere cierto grado de orden, ya que este parcelamiento permite dividir el territorio de forma ortogonal, dando lugar a manzanas más o menos regulares. Se trata de un crecimiento espontáneo y marginal en su más pura definición. Sólo que ante la carencia de un plan urbanístico, las personas tienden a obedecer condiciones preexistentes en el territorio. Esta misma acción se ha visto repetida en muchos de los crecimientos emergentes de las ciudades mexicanas, la propia Ciudad de México experimentó este orden en algunas zonas de su expansión reciente como Ciudad Nezahualcóyotl o Chalco a partir de la década de los sesenta, y actualmente Iztapalapa al oriente de la misma ciudad.

En cuanto a la ciudad de Oaxaca, el Plan Municipal de 1978 hacía un llamado a detener la expansión urbana y promover el crecimiento desde dentro de los límites existentes de la ciudad. Trataba de evitar la destrucción de estas zonas agrícolas y promover el fin del modelo de expansión en mancha de aceite que dificulta la llegada de servicios a la población debido al elevado costo que implica el suministro de los mismos. Este propósito ha sido imposible de lograr hasta hoy día y la ciudad continúa su crecimiento en forma dispersa. El proceso de metropolización del territorio continuaría en las mismas circunstancias hasta la entrada del siglo XXI, cuando la mancha urbana de la ciudad alcanzó ya un nivel metropolitano evidente.

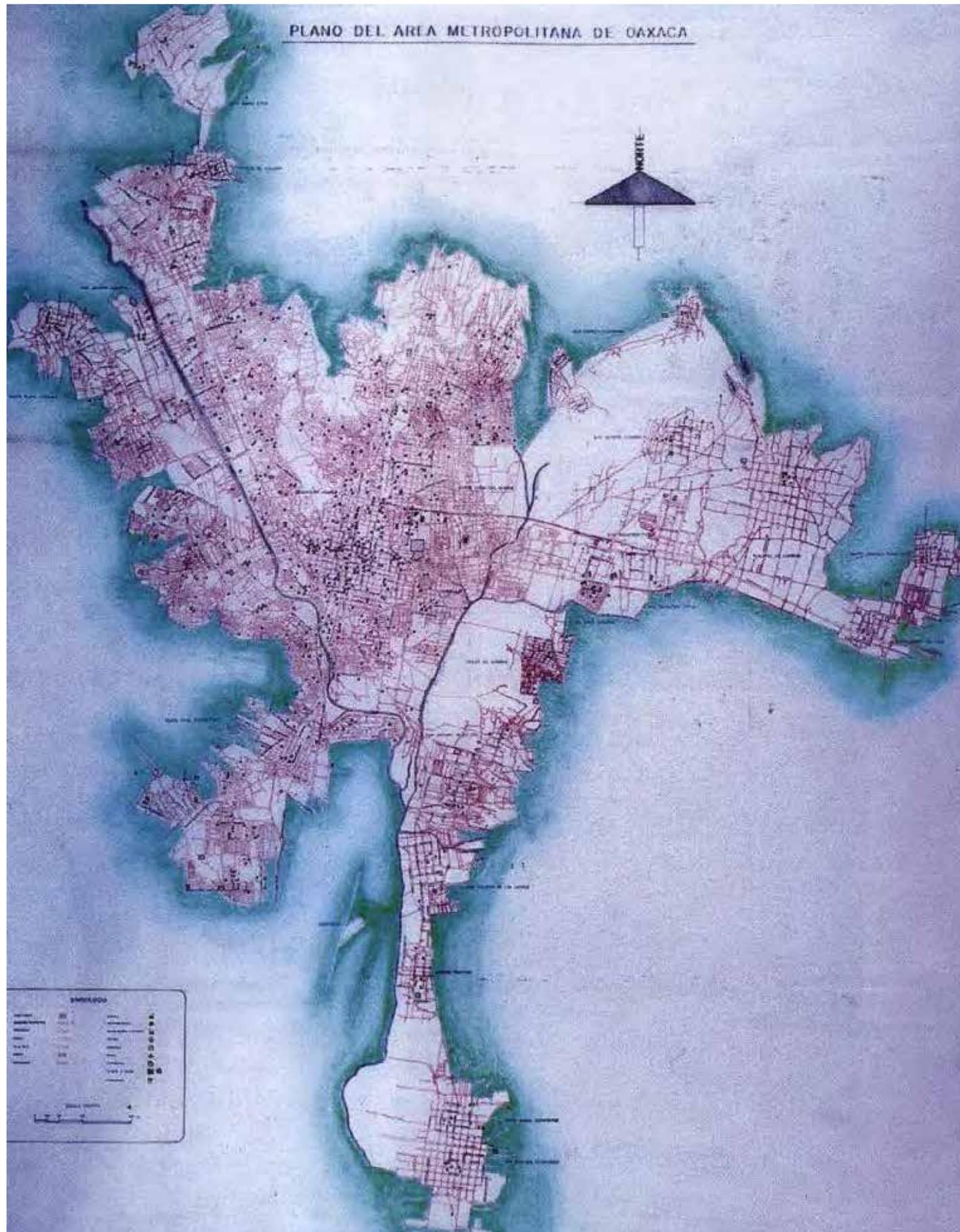


Imagen 2.3.3.11

Plano 1995.
 Archivo General del Poder
 Ejecutivo del Estado de Oaxaca.

La escala territorial

El periodo que va de mediados de la década de los ochenta hasta finales de los años noventa es sin duda alguna el que más fuertemente impactó el tamaño de la mancha urbana de la ciudad. En las décadas anteriores se habían sentado las bases que dictarían el perfil futuro de la misma. La ciudad estaba compuesta por núcleos históricos que se expandían concéntricamente, entre estos núcleos existían aún grandes reservas de suelo, sobre todo agrícola, que se habían respetado en las primeras etapas de la expansión urbana de la ciudad.

Cuando la mancha inició un proceso de expansión fuera de los núcleos históricos cercanos al casco central, instintivamente optó por evitar los suelos agrícolas. Esto se debe a dos factores fundamentales: Primero, el costo del suelo en colinas no cultivables era el más reducido del mercado; y segundo, hasta los años ochenta el campo en México seguía siendo un motor importante de la economía, por lo que no era conveniente ocupar las partes llanas de valle dedicadas a esta actividad. Sin embargo, la caída del agro a finales del siglo XX y la presión del fenómeno migratorio que llegaba a su cenit en ese mismo momento, forzaron la ocupación de estos espacios.

Así la ciudad finalmente se constituyó en un entramado diverso y amplio de muchos km² de superficie que incorporaba una gran diversidad de municipios. A finales del siglo veinte, la ciudad de Oaxaca era ya oficialmente considerada un Área Metropolitana que integraba 18 municipios. Eso se logró mediante un proceso intensivo de ocupación de los espacios residuales entre núcleos importantes que más adelante intentaremos describir.

Hasta aquí el acercamiento a la historia gráfica de la ciudad y su descripción. En el siguiente capítulo abordaremos a profundidad el último periodo en el proceso de conformación de la urbe actual. Como hemos podido apreciar en el transcurso de este apartado, hasta las décadas de los setenta y ochenta, la ciudad, pese a estar implicada en un proceso de expansión constante, había mantenido una estructura más o menos contenida que sin embargo se verá alterada posteriormente.

Este cambio en la forma de la ciudad impactará el territorio de una manera decisiva, y será en buena parte resultado de una serie de factores sociales, políticos, tecnológicos y económicos de orden mundial que permitieron la entrada a una nueva etapa, donde el espacio se abre en proporciones nunca antes vistas. Es por esto que el siguiente capítulo es por mucho la parte central de esta tesis, donde analizamos y describimos los fenómenos más actuales y trascendentales que experimenta la ciudad y que originan estos cambios; también hacemos mención del estado que guarda la ciudad en la actualidad que, una vez superada su etapa de conurbación y relaciones inmediatas, se abre a nuevas dimensiones y se perfila como un espacio urbano regional.



Imagen 2.3.3.12

Vista del llano este
1935-Actual



Imagen 2.3.3.13

Vista río Jalatlaco
1935-Actual

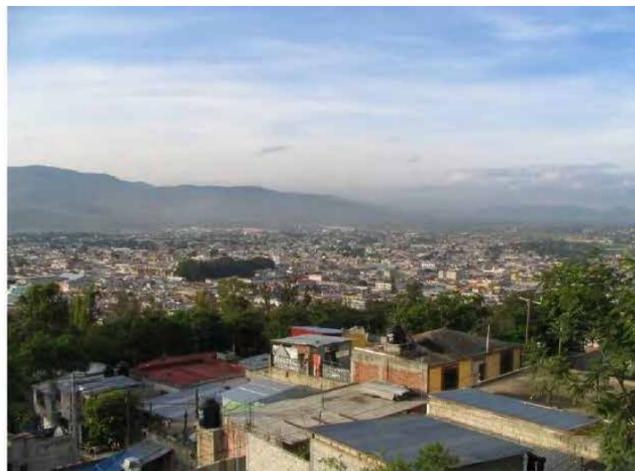
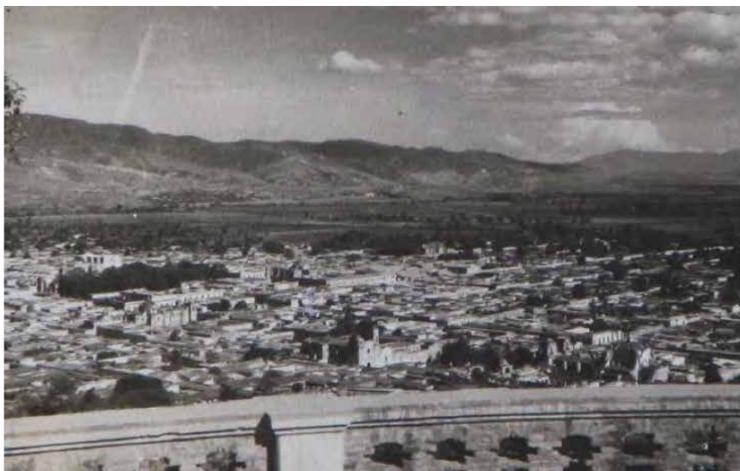


Imagen 2.3.3.14

Vista zona Centro
1966-Actual

Epílogo a la primera parte

La historia urbana de una ciudad como la de Oaxaca, con casi 500 años de curso desde la Colonia a la actualidad, y un antecedente prehispánico difícil de trazar en el tiempo, está llena de eventos y anécdotas que nos ubican en el cómo y por qué de algunos de los muchos fenómenos urbanos que en este territorio operaron y operan en la actualidad. Revisar el origen de nuestro objeto de estudio tiene el fin de aproximarnos de manera franca al entendimiento de una urbe que ha permanecido alejada de este tipo de estudios, pese a que ha representado a lo largo del tiempo, con mayor o menor intensidad, un centro urbano importante en el contexto nacional y local.

Quisimos también en este recorrido hacer notar cómo es que desde el origen de este asentamiento se sentaron algunas de las condiciones territoriales que abrieron paso a la nueva forma de la ciudad actual. La mayor parte de los estudios históricos que de la ciudad se hacen suelen centrarse en el contexto inmediato de la ciudad y omiten el estudio amplio del territorio que la acoge, así como el resto de los componentes urbanos que un día en el futuro pasarán a formar parte de una estructura conjunta. Nosotros hemos querido ser exhaustivos en este apartado ya que, como veremos, esta ciudad tiende a la construcción de un sistema amplio, que muestra el sentido más contemporáneo de este espacio.

La inmigración trajo a miles de personas a vivir en los límites de esta urbe, la pobreza los encaminó, los localizó en las zonas más remotas a la periferia donde los suelos eran baratos debido a la falta de todo. Agua, drenaje, luz, pavimentación, serán elementos que irán llegando con el tiempo, siempre después, siempre a destiempo. Y mientras tanto una ciudad emerge y se construye entre los vacíos que aun dejaba el llano y las cada vez más amenazadas montañas vecinas, donde dada su distancia y complicación topográfica, el suelo era aún más barato, pero la vida más difícil.

El crecimiento urbano de la ciudad condensada en una mancha dispersa de pueblos y ciudad durante la última parte del siglo XX, estará marcada por la emergencia, por la búsqueda desesperada de espacios que dieran cabida a una sociedad en transformación. Multiétnica, increíblemente compleja, preocupada por la supervivencia diaria y siempre abandonada por los gobiernos más ocupados de mantener en buen estado la zona histórica de la ciudad —principal fuente ingresos debido a la actividad turística—, que de mitigar las condiciones de vida de quienes llagaban a habitar la ciudad, en las zonas más distantes del centro geográfico y político.

Allá nadie reguló los requerimientos de edificación mínimos de las viviendas, apenas se intervino en el trazo de las calles, nadie realizó un estudio de impacto ambiental, nadie previó el orden del crecimiento de las distintas colonias, ni la llegada de servicios e infraestructura; pese a esto, la ciudad emergió, se desarrolló y consolidó. Es esta la ciudad que aquí interesa resaltar y tratar de comprender, de atender su paisaje, de aprender a reconocerlo y criticarlo, sólo así será posible hacer una crítica justa del mismo y su interactuar con otros fenómenos.

Analicemos ahora cual es el devenir actual de este conglomerado, qué presenta de nuevo en su actual consistencia, qué factores intervienen en estos cambios y cuál es el resultado final del ingreso de esta ciudad a una época marcada por la conectividad y la caída del agro.